COMEDIA FAMOSA.

LUIS PEREZ EL GALLEGO.

SEGUNDA PARTE.

DE DON MANUEL DE ANERO PUENTE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Luis Perez, Galàn.	*El Emperador Carlos Quinto.*	*Teresa, Criada.*
Manuel Mendez.	*El Duque de Alva, Barba.*	*Un Juez. Ministros.*
Don Alonso de Tordoya.	*D. Hugo de Moncada, Barba.*	*Cencerro, Vejete.*
Juan de Urbina.	*Doña Leonor, Dama.*	*Barbarroja, Moro.*
Don Diego.	*Doña Juana, Dama.*	*Sinàn, Moro.*
Pedro, Gracioso.	*Doña Maria de Moncada.*	*Moros. Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Dentro ruìdo de espadas, y carabinazos, y dice el Juez.

Juez. TOmadles todos los passos,
y matadlos, ò prendedlos,
aunque los oculte el monte,
ò los favorezca el centro.

Salen Luis Perez, y Don Alonso retirando al Juez, y Ministros.

Luis. Què importa, enemiga tropa,
que se conspire resuelto
vuestro aliento contra mì,
si es mas superior mi aliento?

Alonso. Y què importa, que irritado
nos persiga vuestro esfuerzo,
si lo resiste este rayo,
sin los prologos del trueno?

Juez. Huyamos, hijos, pues oy
tan desairado me veo,
y apelemos al despique
en el socorro que espero,
porque vean lo que cuesta
perder al Rey el respeto. *Vanse.*

Dentro unos. Al monte.

Juez. Seguidme todos.

Alonso. A ellos, Luis Perez.

Luis. Tenèos, *Detienele.*
y no con muerte de algunos
añadamos riesgo à riesgo.
Ya sabeis (despues de aquella
passada herida, en que al Cielo
tantos favores debì,
pues que con vigores nuevos
restableciò mi salud
en bien limitado tiempo)
los trabajos, las congojas,
que nos cuesta mantenernos
en este monte, à pesar
del peligro manifiesto,
en cuyo afàn incessante,
en uno de los encuentros
quedò herido Manuel Mendez
à los rigores violentos

de una bala, que velòz
le pafsò el lado finieftro.
Retiramosle valientes
à effa Caferìa, que fiendo
atalaya de eftos valles,
es garzota de aquel cerro,
donde mi hermana Ifabèl,
Juana, y Leonor, con afsèo
continuamente le eftàn
cuidadofas afsiftiendo;
y aunque nofotros tan finos
les bufcamos el fuftento,
efto no puede durar;
y no eftrañeis el recelo,
fupuefto que contra mì
refulta todo el proceffo,
y en lo indignado del Juez
advertidamente temo
alguna accion, que defdiga
à mi honor, y à mi refpeto;
y viendo que cada dia
fe le fruftran los intentos,
no dudarè haya pedido
focorro al Virrey, que atento,
de Soldados fe le embie,
con quienes fabeis que el riefgo
es notorio; y Dios nos libre,
que una vez lo hagan empeño,
pues faben atropellar
montes fobre montes pueftos.
Yo pienfo que os lo dixe
otra vez, à cuyo efecto,
à Pedro, aquel criado mio,
embiamos con unos pliegos
de Manuel Mendez, que avifa
à fus amigos, y deudos
el eftado en que fe halla;
fiendo fu mayor empeño
el Conde de Porto-Alegre
fu tio, cuyo defeo
es folo logre el perdon
del Rey Don Juan el Tercero
de Portugal (cuyos triunfos
fon à todos manifieftos).
y oy hemos baxado al Puente
vizarramente refueltos
à recibirle, pues ya
le efperamos por momentos.
Si viene bien defpachado,
con Manuel Mendez harèmos,
que fe paffe à Portugal
con el hermofo portento
de Doña Juana, donde halle
falud, alivio, y confuelo;
que confeguido una vez,
nofotros huir podemos
en los ligeros cavallos,
injuria velòz del viento,
y ponernos en la Corte,
de donde noticia tengo
fale brevemente Carlos
Quinto (que profpere el Cielo
con mil victorias triunfante
de la fortuna, y el tiempo)
para alentar con fu vifta
los favorables fuceffos
del infigne Duque de Alva,
en la guerra que eftà haciendo
en Africa à Barbarroja,
que tiene à fu Rey depuefto.
En la Corte, Don Alonfo,
mas de efpacio difpondrèmos
de que Leonor, è Ifabèl
tomen un feguro puerto
en tan deshecha borrafca,
pues no nos faltaràn medios,
para que alli las ampare
lo fagrado de un Convento;
nofotros figuiendo al Cefar
en fu jornada, podemos
mejorar nueftra fortuna
à intercefsion del acero:
vos con mas facilidad,
pues os hallais con empleo
de Capitan, aunque al Duque
en la jornada refuelto
no feguifteis, por veniros
à favorecer mi intento;
pero à vueftra difcrecion
no le faltaràn pretextos
de enfermedad, ò litigio,
para el reftablecimiento:
à mì me ferà precifo
huir el roftro fevero
del Cefar, y mudar nombre,
hafta que me ofrezca el tiempo
de morir en fu fervicio
tantos vehementes defeos.

Alonfo.

Alonso. Amigo Luis, ya ſabeis,
que yo ſiempre eſtoy atento
à lo que vos diſponeis,
pues no tengo otro deſeo
mas, de que ſalgais airoſo
de tan continuado empeño.
Luis. No niego yo, Don Alonſo,
lo que à vueſtra amiſtad debo,
pues abandonais por mì
los merecidos aſcenſos. *Mira à dent.*
Pero tened, que ſe engaña
la viſta, ò es aquel Pedro,
que à mirarnos ſe ha parado,
penſando ſer otros: quiero
llamarle: llega, Pedro, que
noſotros ſomos.

Sale Pedro con alforjas.

Pedro. Laus Deo,
que por fin de mi viage
à veros con ſalud buelvo.
Luis. Pedro, ſeas bien venido,
dinos ya lo que hay de nuevo.
Pedro. Lo que yo puedo deciros,
que bien deſpachado vengo,
y las demàs circunſtancias
han de decir eſtos pliegos
del Conde de Porto-Alegre,
y demàs Fidalgos. *Alonſo.* Eſſo
puede aliviar ſolamente
los cuidados que tenemos.
Luis. Pues no aqui nos detengamos,
ſubamos arriba preſto,
para que abra Manuel Mendez
las cartas; pero què veo! *Mira à dent.*
Alonſo. A lo que mirar ſe dexa,
mucha gente và ſubiendo
àzia nueſtra Caſerìa.
Luis. Sin duda, que el Juez ha buelto
con alguna nueva tropa
en nueſtra buſca.
Alonſo. Què hacemos,
que à ſocorrer no ſubimos
nueſtra gente? *Luis.* Vamos preſto,
que en la brevedad conſiſte
el reparo de ſu rieſgo. *Vanſe.*
Pedro. Ya empezamos? por Dios, que
ſoy Argèl en mi barreno,
pueſto que al primer tapon
con las zurrapas encuentro. *Vaſe.*

Dentro ruido de eſpadas, y ſalen Manuel Mendez, Doña Leonor, Doña Juana, è Iſabèl, retirandoſe del Juez, y Soldados.

Juez. Ya que de orden del Virrey
oy en mi amparo os tengo,
ya, Soldados valeroſos,
quedaràn preſos, ò muertos.
Man. Eſſo ſerà quando yo
rinda el corage poſtrero.
Juez. Còmo à tanta gente armada
te reſiſtes? *Man.* Porque quiero,
pudiendo morir honrado,
no morir con vituperio.
En eſta ocaſion, amigos,
dònde eſtais?

Salen por otra puerta Luis, Don Alonſo, y Pedro.

Los 2. No eſtamos lexos,
para perder en tu amparo
oy haſta el ultimo aliento. *Riñen.*
Las 3. Gracias à Dios, que el ſocorro
nos ha llegado à buen tiempo.
Pedro. Y yo pajas. *Luis.* Manuel Mendez,
Don Alonſo, à ellos. *Todos.* A ellos.
Luis. Aunque ſon muchos, ſi el Juez
les falta, los mas huyendo
baxaràn, y por lograrlo
muera ya. *Juez.* Valgame el Cielo!

Cae al veſtuario.

Sold. 1. Huyamos, pues reveſtidos
tienen èſtos el infierno,
à ſocorrernos abaxo
de la gente de refuerzo. *Vanſe.*
Man. Sigamoslos. *Luis.* No lo hagais.
Pedro. Allà voy yo. *Luis.* Tente, Pedro.
Pedro. Còmo, ſi eſtà el corazon
de colera dando buelcos,
y ſe le viene al inſtante
rodado el votibolèo?
Luis. Si antes de morir el Juez
os declarè mis intentos,
muerto ya, ved, Don Alonſo,
añadido empeño à empeño,
ſi es bien procurar la fuga
en las alas del deſeo,
y mas viendo los Soldados,
que han llegado de refuerzo,
à quienes ſerà impoſsible

resistirnos. *Pedro.* Volaverunt.
Luis. Pedro està bien despachado:
ved, Manuel, aquessos pliegos,
que en ellos viene el perdon
de vuestro Rey. *Juana.* Santos Cielos,
llegue ya de vuestra mano
à mis fatigas consuelo.
Man. Veamos: este es de mi tio; *Abrele.*
con vuestra licencia leo. *Lee aparte.*
Alonso. Vos, bellissimas señoras,
haveis ya cobrado aliento
del passado susto? *Isab.* Nunca
del favor que os debemos
menos socorro esperamos.
Habla Pedro con Doña Juana.
Leon. Y como en vos ya no es nuevo
favorecer esta vida,
por ser tan vuestra, yo creo,
que solo por vos lo hicisteis
generosamente atento,
pues tan al vivo os retratan
las laminas de mi pecho.
Alonso. Hermosissima Leonor,
en cuyos ojos me quemo
mariposa racional,
pues con atrevido buelo,
su actividad despreciando,
à tantas luces me acerco,
la palabra que os he dado
oy revalido de nuevo.
Leon. El Cielo os guarde, pues vos,
cortès, amante, y discreto,
haceis que un esposo halle
à donde un hermano pierdo.
Juana. Què me dices, Pedro, tanta
memoria à mis padres debo?
Pedro. Es un prodigio; y tu madre
està que bebe los vientos;
y el vejete avellanado,
con mostacho reverendo,
me dixo en su idioma: Fique,
fiquese acà, Cavaleiro,
levè à miña filla Juana
este abraciño, que teño
guardado con un sospiro
en lo mais fundo del peito.
Acaba de leer Manuel, y besa una firma.
Man. Es verdad, amigos mios,
que aqui los despachos tengo
de mi tio con el perdon
de mi Rey, que reverencio;
pero no soy hombre yo
tan ingrato, tan grossero,
que para desampararos
use de tales pretextos;
porque fuera accion villana,
aun en el mas civil pecho,
causar el empeño, para
bolver la espalda al empeño;
y assi, à vuestro lado siempre
he de estàr. *Luis.* Sois Cavallero;
mas ya Don Alonso, y yo
las cosas hemos dispuesto
para dexar este monte.
Man. Serà como yo lo pienso,
viniendo todos conmigo
à mi casa, donde espero
dè muestras de agradecido
cortesanamente atento
à la ley de la amistad.
Alonso. No, Manuel Mendez, no es esso,
que aunque el pecho de Leonor
oy tan favorable tengo
para entrar en Portugal,
logrando el mayor trofeo,
que es su blanca mano, ya
otro designio tenemos.
Man. Qual es? *Hablan aparte los tres.*
Pedro. O señora mia!
Isab. Seas bien venido, Pedro:
còmo ha ido? *Pedro.* Lindamente
he llenado este pellejo,
porque los Fidalgos son
liberales por extremo.
Leon. Pedro, bien venido. *Pedro.* Ya
echaba, señora, menos
tu agassajo. *Leon.* Siempre es uno.
Pedro. Aqui traigo de tus deudos,
de cartas, y de doblones,
llenos estos balsopetos.
Dale cartas, y bolsillo.
Leon. No pudo, amigo, el socorro
llegar à mas lindo tiempo:
Y mi primo? *Pedro.* Muy ufano,
como unico heredero
de aquel vejete Almirante
tu tio, que estè en el Cielo.
Man. Pues tanto decìs conviene
al

al mayor alivio vueſtro,
ſolamente de eſſe modo,
amigos , irè contento.

Luis. Pues ſaca quatro cavallos
bien aderezados , Pedro; *Vaſe Pedro.*
porque he de ir à acompañaros
haſta dexaros ſin rieſgo:
vos con Leonor , è Iſabèl *A D. Alonſo.*
os quedad mientras yo buelvo.

Man. Al Africa vais , amigo,
à donde , ſi quiere el Cielo,
tengo de ir à viſitaros,
que allà brevemente eſpero
pretender paſſar con cargo
en Maritimo govierno,
ſegun mi tio me aviſa,
ſolicìta mis aumentos,
pues en Lisboa ſe eſtà
el ſocorro diſponiendo,
que mi Rey Don Juan embia
à vueſtro Monarca excelſo;
Abraza à Don Alonſo.
quedad con Dios: vos , ſeñoras,
ocupad mi rendimiento
en vueſtro ſervicio. *Luis.* Aora
dexadlas entrar à dentro,
donde corteſanas uſen
reciprocos cumplimientos.

Juana. A Dios , Don Alonſo. *Vanſe.*

Alonſo. El
os guarde , hermoſo portento.
O poder de la amiſtad!
pues con favorable exemplo
aras en ſuntuoſo templo
no en vano la Antiguedad
conſtituyò à tu Deidad,
elevando tu eſplendor;
pues mirados en rigor
tus bizarros procederes,
de los parenteſcos eres
el parenteſco mayor.
Mas ya con pechos lloroſos,
la triſte auſencia ſintiendo,
todos ſe eſtàn deſpidiendo
en abrazos amoroſos: *Azia dentro.*
Ya en los cavallos fogoſos
ſuben , ya la vega llana
corren , y una ſeña ufana
hacen con lienzo fiel:
Saca un lienzo , y hace ſeñas.
A Dios , amigo Manuel,
à Dios , bella Doña Juana.
A diſponer me retiro;
porque nada nos detenga,
las coſas , y quando venga
Luis Perez::- pero què miro!
en vano , en vano reſpiro,
pues una manga lucida
toma una , y otra ſubida:
què he de hacer , Cielos airados!

Dent. 1. Cercad el monte , Soldados,
y nadie quede con vida.

Alonſo. A todo trance diſpueſto,
en los ligeros cavallos
ſaldrèmos à atropellallos.
Salen Leonor , è Iſabèl.

Las 2. Don Alonſo , què es aqueſto?

Alonſo. Eſte es el ultimo arreſto,
donde aliento ſe requiere:
nada aqui es ya bien ſe eſpere,
pues en tal peligro eſtamos.

Las 2. Preſto , Don Alonſo , vamos
donde el hado diſpuſiere.

Alonſo. En què infeliz ocaſion
Luis Perez falta de aqui! *Vaſe.*

Iſab. Duelaſe el Cielo de mì. *Vaſe.*

Leon. Ya crece la confuſion. *Vaſe.*

Dent. 1. Tiempo es de lograr la accion,
al monte , à la caſa , al puente,
que uno le paſſa valiente.

Dent. Luis. Pues el paſſo eſtà tomado,
Pedro , huye por otro lado
contra tanto inconveniente.

Deſcubreſe mutacion viſtoſa de Plaza fuerte, y al sèn de caxas , y clarines ſalen el Duque de Alva , Don Hugo de Moncada de luto , Juan de Urbina, y Don Diego.

Duque. Fuerte fabrica altiva,
piramide à los ojos fugitiva,
en cuya verde eſpalda,
lecho de flores , catre de eſmeralda,
canſada ſe reclina
de los Cielos la maquina divina,
aunque fuerte preſumas
por agrio ſitio , y guarnicion de eſpumas
reſiſtirte obſtinada (mas,
à la gente de Carlos alentada,
que

que fue (nadie lo ignora)
nunca vencida , ſiempre vencedora,
como dicen poſtrados
tantos climas remotos dominados;
oy ſu valor tremendo
tu ſobervia altivèz rendirà , haciendo
eſſa aduſta garganta
infelice deſpojo de ſu planta.
Y tù , Moro atrevido,
que à tu Rey natural deſpoſſeìdo
tienes , veràs poſtrado,
el delito execrable caſtigado,
y mas quando ya eſpero tan feſtivo
de mi gran Carlos el felìz arribo.

Hugo. Eſſa, que nueſtros triunfos embaraza,
freno del Eſpañol , ſobervia Plaza,
cuya cumbre eminente
adornada ſe mira nuevamente
con fuertes invenciones
de quatro levantados torreones,
que al Cielo ſu atrevida peſadumbre
violò la llama , profanò la lumbre,
ſirviendole de muro
duras entrañas de peñaſco duro,
por ſer del tiempo fuerte maravilla;
mas no baſta mi lengua à deſcribilla,
que queda , he preſumido,
con decir la Goleta , encarecido,
pues por el hondo foſſo , que la cierra,
es horrible padraſtro de la tierra,
y por ſus fortalezas ſingulares,
fortificado aſſombro de los mares;
aunque eſtè governada
por Barbarroja , ya deſengañada
de poder reſiſtir à tanta ira,
pueſto que es tan dificil , quando mira,
que con tremenda ſalva,
quando menos,la ſitia un Duque de Alva,
con poder no ſucinto,
por el invicto Ceſar Carlos Quinto
ſe ha de rendir.

Duque. Hugo , aſsi lo eſpero,
que teniendo à mi lado vueſtro acero,
y ſiguiendo valiente ſu doctrina
el ſiempre valeroſo Juan de Urbina,
que gaſta ſolo , quando fiel le aclama,
las trompas , y las plumas à la fama,
fiando à tu valor tan alta gloria,
deſde luego me ofrezco la victoria.

Urbina. Mirad , que avergonzando
me eſtais , ſeñor.

Duque. Muy bueno es eſſo , quando,
ſi vueſtro brazo lidia,
yo miſmo (ſi,por Dios) le tengo embidia.

Hugo. Señor , aqueſtas canas
ya dieron lo mejor.

Duque. Soſpechas vanas!
Decid , no haveis oìdo
el adagio , que dice repetido,
que es el anciano noble un etna breve,
que oculta ardores, aunque oſtēta nieve?

Hugo. Eſſa fraſſe , ſeñor , de verdad llena,
es fraſſe muy uſada , pero es buena.

Duque. Nunca yo anduve,nunca en mis em-
D. Hugo de Moncada,por rodeos.(pleos,

Diego. Por eſta injuria paſſo ? *ap.*
Que el General de mì nunca haga caſo,
y uſe ſolo conmigo los rigores,
dando à otros Oficiales los honores!
la cauſa no comprehendo,
aunque en averiguarla ſiempre entiendo.

Duq. Vueſtra eſpoſa muriò,D.Hugo amigo?

Hugo. Eſte luto , ſeñor , es fiel teſtigo.

Duque. Sientolo mucho.

Hugo. En mi peſar ſevero
eſtimo , gran ſeñor , tal compañero.

Duque. Decid , de vueſtra hija (mi ſeñora
Doña Maria) què diſponeis aora ?

Diego. Ay ingrata homicida, *ap.*
dulciſsimo veneno de mi vida !
aunque mi fè ſe mire deſpreciada.

Hugo. Mirandola , ſeñor , deſamparada,
por ſu madre lloroſa, (moſa.
temiendo, y con razon, que es muy her-

Diego. Digalo yo , que atento à ſu luz pura,
idolatrè en Viſerta ſu hermoſura. *ap.*

Hug. Algũ rieſgo(què mal la voz ſe explica!)
que ſuele tener Dama hermoſa , y rica,
la mandè que vinieſſe
donde à mi lado cuerda redimieſſe
rieſgo à que la hermoſura ſe apercibe;
en eſta carta ultima me eſcribe,
que llegarà gozoſa
à feſtear eſta tarde en eſſa hermoſa
eſtancia liſonjera
del boſque , que bordò la Primavera,
à quien el mar abraza
una milla diſtante de eſta Plaza.

Diego.

Dieg. Què es lo q̃ eſcucho, Cielos ſoberanos!
la ocaſion ſe me viene oy à las manos, *ap.*
pues ya eſtoy perſuadido
à lograrla atrevido,
porque ſiempre oportuna
favorece al oſado la fortuna,
haciendo:: - pero eſto
la oſada execucion dirà mas preſto. *Vaſe.*
Hugo. Yo eſtoy aficionado
à Juan de Urbina. *Al Duque ap,*
Duque. Bien haveis penſado.
Hugo. Eſto que he referido,
ſu ſangre, y ſu valor han merecido.
Duque. Alabo eſſe govierno,
que eſcoger no pudiſteis mejor yerno.
Urbin. A ſolas hablan, que penſar me queda:
què coſa havrà, que yo ſaber no pueda?
Duque. El ſecreto parece que ha eſtrañado
el Maeſſe de Campo. *Hugo.* He reparado
deſde el primer inſtante,
que bien dà mueſtras de ello ſu ſemblãte
en algunos extremos:
diſsimulad, ſeñor. *Duque.* Diſsimulemos:
Y el niño? *Hugo.* Es eſtudiante.
Duque. Traedle por acà.
Hugo. Tiempo hay baſtante:
tengo en eſſo eſperanza,
por ſer baſa el eſtudio en que afianza
ſus aciertos la ciencia,
y ayudada una vez de la experiencia,
ſe miran conſumados
unos valeroſiſsimos Soldados,
que torre ſin cimiento,
preſto cede à las ràfagas del viento.
Duq. Eſſas razones ſon de un hõbre dieſtro.
Hugo. El tiempo, gran ſeñor, es mi Maeſtro.
Duque. Decìs bien: aora vamos
donde todos alegres recibamos
vueſtra hija. *Hugo.* Eſcuſado
ſerà, ſeñor.
Duque. Muy mal haveis penſado, (mas
que aunque viejos importa à nueſtras fa-
el ſer muy ſervidores de las Damas.
Marchar podrè ſeguro,
pues el Marquès del Baſto bate el muro,
cuyo valor embidia el fiero Marte:
arrimad los cavallos à eſta parte.
Aunque apreſure Carlos ſus jornadas, *ap.*
las brechas ha de hallar perficionadas.
Hugo. Para alivio, ſeñor, de mi deſvelo,
tratadlo con Urbina. *Al Duque ap.*
Duque. Tratarèlo;
que ſi la vè una vez, y obra Cupido,
poco tendrè que hacer, pues advertido
el ſabio conſidera,
q̃ es la belleza gran caſamentera. *Vaſe.*
Hugo. El corazon no cabe ya de gozo:
venid, ſeñor. *Urbina.* Ya voy.
Hugo. Què lindo mozo! *Vanſe.*
Salen Doña Maria, y Tereſa con eſcopetas, veſtidas de camino.
Maria. Gracias, Cielo ſoberano,
te doy, pues en tì confio
del amado padre mio
poder oy beſar la mano.
Del ſitio favorecida,
que tanto verdor alcanza,
entretendrè la eſperanza,
en la caza divertida,
cerca de eſſe monte, que
eſſe golfo, ſin agravios,
con ſus criſtalinos labios
humilde le beſa el pie:
ya que mi primo Fernando,
con domeſticas agencias,
para dar las providencias
quedò en la Quinta eſperando.
Tereſ. No venimos muy canſadas
del viage que nos inquieta.
Maria. Viſerta de la Goleta
diſta dos breves jornadas.
Tereſ. Ya llega el tiempo en que veas
aquel Don Diego tu amante,
que te ſirviò tan conſtante.
Maria. Si mi cariño deſeas,
à mi amor agradecida,
pueſto que no me agradò
eſſe Cavallero, no
me le nombres en tu vida,
ſabiendo que no ſe mide
mi deſprecio con ſu fè.
Tereſ. No te enojes; hay mas que
ſe haga conforme ſe pide?
Maria. Tereſa, tus perſuaſiones
eſto à corregirlas baſte.
Tereſ. Parece que he dado al traſte *ap.*
con mis interpoſiciones:
tan deſdichada criada

ninguna con su ama ha sido. *Vanse.*

Al entrarse salen por otra puerta Don Diego, y gente, vestidos de Moros, con mascaras, y D. Diego poniendose la suya.

Diego. Seguidme, sin hacer ruido,
hasta que entre en la espesura,
pues divinamente humana,
es quando el campo la adora,
hermosa injuria de Flora,
bella embidia de Diana.
Todos con aquesta traza
traed los rostros tapados,
pues del disfràz amparados
entrarèmos en la Plaza.
Y al logro de accion tan fiera,
que me ayudarà, prevengo
esse barquillo, que tengo
emboscado en la ribera.
Vengarème de esta suerte,
pues desesperado estoy,
y muera de agravios oy
quien diò ayer de agravios muerte.

Vanse, y sale Luis Perez con botas, y espuelas.

Luis. Ata, Pedro, essos cavallos
en la margen cristalina
de esse arroyo, que las flores
risueñamente salpica. *Sale Pedro.*
Dexemoslos descansar
entre las ramas vecinas,
que facilmente resisten
los rayos que el Sol fulmina.
Bastante tiempo tenemos,
pues que tan cerca se mira
la Goleta, à quien combaten
del Duque de Alva las iras;
supuesto que quiso el Cielo,
por mi dicha, ò mi desdicha,
que sin Don Alonso dexe
las montañas de Galicia,
quien con mi hermana, y Leonor
discurro que escaparìa,
pues correr mirè cavallos
huyendo de la Justicia;
y queriendo incorporarme,
cargò la Cavallerìa
sobre nosotros, negando
el alivio à mis fatigas.

Pedro. Para que siente mi baza
dame de tiempo una pizca:
otro Juan Palomo eres
de faramalla no vista,
supuesto que tù te lo
comes, y tù te lo guisas.

Luis. Hasta saber su destino
no alienta la pena mia.

Pedro. Dexate de pesadumbres.

Luis. Quàndo, desdichas impìas,
faltarèis à un infelìz!

Pedro. Pues no fuera picardìa,
que à hombres con tanto vigote
les faltassen las desdichas?

Luis. Irèmos à la Goleta,
donde mi pecho codicia
alguna bala, que acabe
con esta infelice vida,
por lograr::- *Suena un tiro.*

Dentro voces. Valgame el Cielo!

Luis. Què es lo que mis ojos miran!

Pedro. Què ha de ser? unos Morillos,
que salen de la cocina
de Vulcano. *Luis.* Tente, espera,
que una Dama fugitiva,
bella, de Venus afrenta,
fuerte, de Palas embidia,
viene à nosotros huyendo,
de unos Moros perseguida.

Pedro. Es verdad.

Sale Doña Maria acelerada.

Maria. Español noble,
segun el trage publìca,
de vos à valerse viene
una muger afligida,
para que la defendais
de essa canalla enemiga.

Luis. No temais, que perderè
en vuestro amparo la vida,
y hasta lograrlo, mi pecho
serà muralla. *Salen D. Diego, y gente.*

Diego. Seguidla.

Luis. Què es seguidla? voto à Dios,
que mate à quantos lo digan,
porque ha hallado su defensa
en aquesta espàda invicta. *Sacala.*

Diego. Hidalgo, si no quereis,
que con esta carabina *Sacala.*
la boca obscura de fuego
escupa ardiente saliva

en

en vuestro pecho, la empressa
dexad. *Luis.* Hacerlo querria,
mas vive Dios, que no puedo,
porque no sè::- *Pedro.* Tararira.
Luis. Tirame, y despacha presto;
pero mira como tiras.
Diego. La lumbre me faltò, apelen
Tira del gatillo, y no dà fuego.
à la espada nuestras iras.
Pedro. La carabina de Ambrosio
hizo lo mismo algun dia.
Luis. Infames, viles, canallas,
Riñe con todos.
perros, villanos, gallinas,
probad aora este acero,
que rayos despide. *Pedro.* Chispas!
Diego. Ya que no pude lograr
mi intento, seguidme. *Pedro.* Atiza.
Metelos Luis, y Pedro à cuchilladas.
Luis. Huid, canalla. *Maria.* Los Cielos
amparen, joven, tu vida.
Dent. Hugo. Tèn esse estrivo.
Dent. Duque. Gonzalo,
toma esse cavallo aprisa.
Diego. Huyamos. *Luis.* Hasta la Plaza
os seguirà mi osadìa.
Salen el Duque, y Don Hugo.
Duque Què es esto?
Hugo. Tened, Soldado.
Luis. Dexad que essos perros siga;
pues para mi rabia es
poca toda la Morisma.
Duque. Ya es imposible alcanzarlos,
pues el monte los abriga:
Què ha sido esto?
Maria. Permitid,
que à vuestras plantas invictas
se postre mi rendimiento.
Duque. Alzad, Deidad peregrina.
Hugo. Què miro? valgame el Cielo!
Maria. Padre, y señor? *Hugo.* Hija mia,
còmo te hallo de esta suerte
en tantos riesgos metida? *Abrazala.*
Sale Teresa. Desgraciada muger soy:
què no haya hallado en mi vida
un desesperado, que
me robe por cortesìa!
Sale Cencerro con la espada desnuda.
Cencer. Nadie delante se ponga,
que vengo hecho una desdicha:
fuera digo. *Teres.* A buena hora
se viene el viejo potrilla.
Cencer. Muchacha, estuve ocupado
en cuidar de la familia,
y hacer que tomen un pienso
mozos, y cavallerìas.
Duque. Ya que no he logrado yo
ocasion en que os sirva,
sacadnos de este cuidado
vos, señora. *Hugo.* Dinos, hija,
què sobresalto has tenido?
Maria. La relacion es sucinta.
De ponerme à vuestras plantas
templaba las ansias mias,
midiendo esta verde esfera
en la caza divertida,
quando de lo mas espeso
del monte saliò enemiga
infame tropa de Moros,
que robarme pretendia;
y al que fue mas atrevido,
quitè la infelice vida
con esta escopeta, que
mi diestra mano fulmina,
arma de solo un impulso
(ò mal haya inadvertida
mano, que de solo un golpe
toda su venganza fia!)
y mi socorro encargando
à mis plantas fugitivas,
encontrè esse valeroso
joven, cuya bizarrìa,
invictamente valiente,
y valientemente invicta,
me socorriò, dando noble
alivio à tantas fatigas.
Luis. Felice mil veces yo,
pues la fortuna propicia
ocasion ofrece en que
de algo un infelice sirva:
Dame, gran señor, tus plantas.
Duque. Alzad: vuestra gallardìa
ha desempeñado à todos,
y desearè, por mi vida,
ocasiones de serviros.
Hugo. Dexad, señor, que rendida
mi voluntad generosa,
dè muestras de quanto estima

tan valerosos alientos
en amparo de mi hija;
y afsi, galàn Cavallero::- *Saludanse.*
Luis. Ved, señor::- *Sale Urbina.*
Urbina. Reconocida
la persona del cadaver,
no ha faltado quien afirma
ser Soldado de las Tropas:
Què es lo que mis ojos miran? *ap.*
Què hermosura tan bizarra!
Duque. Pues que se haga la pesquisa.
Teres. Es hora que à aquessas plantas
se postre la humildad mia?
Cencer. Es hora que essos zapatos
limpie con esta vedija?
Hugo. Seas bien venido, Cencerro:
tù, Teresa, bien venida.
Duque. Sois Español? *Luis.* Si señor.
Duque. De què Paìs? *Luis.* De Galicia.
Teres. Arredro vayas, demonio:
Gallego? hay mayor desdicha!
Duque. Servìs al Cesar? *Luis.* Con esse
designio, señor, venia.
Duque. Y haveis servido hasta aora?
Luis. Si. *Duque.* Fue con plaza sencilla,
ò aventajado? *Luis.* De Alferez.
Duque. Què decìs? de Infanteria?
Luis. Si señor, para el viage,
que el gran Duque de Medina
hizo de orden del gran Carlos,
logrò la fortuna mia
una Vandera, y no pude,
por circunstancias precisas
importantes à mi honor,
passar, señor, à servirla;
aora ya desocupado,
à costa de mil fatigas,
buelvo à servir à mi Rey.
Duque. Pues huelgome, por mi vida,
que tengais tan buen principio,
con valor que le acredita,
pues que sentarà sobre èl
mejor una Compañia,
que en nombre de Carlos Quinto
mi favor os facilita.
Teneis por ventura aora
alguna vacante, Urbina?
Urbina. Si señor. *Duque.* Ponedle luego
en possession de orden mia.
Luis. La fama tu nombre aclame
con mil trompas repetidas.
Pedro. Yo añado numero à quantos
panzas de oveja repican.
Duque. Y vuestro nombre? *Luis.* Señor,
(aqui es forzoso que finja) *ap.*
es Don Alvaro Sarmiento.
Duque. Ilustre sangre, y antigua.
Pedro. Con Noè toca, que fue
su padre Juan de las Viñas.
Dentro ruido de artilleria.
Duque. Pero què rumor es este?
Hugo. A lo que de aqui se mira,
es, señor, que de la Plaza
hace el Moro una salida.
Duque. Pues en què nos detenemos?
denme mi cavallo aprisa.
Perdonad, que estas licencias
trae consigo la Milicia; *A D. Maria.*
despues, señora, havrà tiempo
en que mas de espacio os sirva. *Vase.*
Urbina. Venid, gran señor. No vì *ap.*
belleza mas peregrina. *Vase.*
Hugo. Toma luego tu carroza,
vente con tu primo, hija,
que despues de la funcion
tendràn lugar mis caricias.
Venid, noble Cavallero. *A Luis, y vase.*
Luis. No os perderè de vista.
Pedro. Còmo se llama? *Teres.* Teresa.
Pedro. Y su ama? *Teres.* Doña Maria.
Pedro. Me huelgo que se acabasse
toda aquella retaìla
de Leonores, Lauras, Porcias,
Beatrices, Ineses, Luisas,
Juanas, Claras, Isabeles,
Violantes, y Margaritas.
Usted se và? *Teres.* Si señor,
à hacer que estè prevenida
la carroza, me adelanto.
Pedro. Pues es justo que la sirva. *Vanse.*
Maria. Ya que no tengo, señor,
ningun respeto que impida
mi agradecer, permitid,
que à vuestras plantas::-
Luis. Què miran *Detienela.*
mis ojos! Tened, señora,
no se vean desvanecidas
todas las flores humanas

de

de hospedar flores divinas.
Maria. A vuestra fineza::- *Hablan aparte.*
Al paño D. Diego. Ya
la sospecha desmentida,
fiando el disfràz al monte,
aqui buelve mi osadìa
por dissimular: què miro!
Maria. Siempre à vuestra gallardìa
me confessarè deudora;
y èsta que mi pecho brilla
verde flor, para memoria,
ya que de paga no sirva,
de mi mucho agradecer
serà la mejor insignia. *Dale una flor.*
Diego. Què veo! *Luis.* Felice yo,
puesto que la humildad mia
tanta beldad mira humana
liberalmente divina.
Diego. Matarèle, vive el Cielo.
Luis. Quièn tanto favor conquista?
Maria. Pero alli à Don Diego miro, *ap.*
huir pretendo su vista:
dònde irè que no le encuentre? *Tocan.*
Luis. Mas ya las trompas avisan:
A Dios, señora. *Maria.* El os guarde.
Luis. Què gala!
Maria. Què bizarrìa! *Vase.*
Luis. Ya con aqueste favor,
venga el mundo. *Penele en el sombrero.*
Sale Don Diego con su trage primero.
Diego. Todavia
no es vuestro, y mientras yo vivo
no blasoneis de la dicha;
porque antes que os ausente
vuestra planta fugitiva,
me haveis de dàr essa flor,
ò haveis de perder la vida.
Luis. Vuestro estilo, Cavallero, *Riendose.*
es bien que me cause risa,
puesto que venìs pidiendo,
y usais de tal cortesìa:
esta flor (aunque lo dì
por bien empleado, à fè mia)
me costò mas que pensais.
Diego. Serà mi gloria mas digna.
Luis. Pero de aquesta manera
os la entregarè. *Saca la espada.*
Diego. Mis iras *Riñen.*
la cobraràn de esta suerte. *Tocan.*
Luis. Mas què escucho? suerte impia!
Cavallero, aquestas voces
me llaman à toda prisa,
para que vaya à cumplir
con mi obligacion debida.
Lo primero es lo primero
(segun adagios publican)
cesse el duelo, Oficial sois,
si he de creer à las insignias;
en la lid voy à esperaros,
porque ayudeis mi osadìa:
pues he de ocupar con ella
las mas peligrosas lineas,
que despues lugar tendremos
de matarnos: aora viva
el Rey; y luego esta espada
à todo està prevenida. *Vase.*
Diego. Ya, enemigo, que estorvaste
el fin de mis osadìas,
ò yo te he de dàr la muerte,
ò me has de quitar la vida.

JORNADA SEGUNDA.

Dentro caxas, y clarines, y dice el Duque.
Duque. Haced salva Militar,
Soldados, puesto que llega
el siempre vencedor Carlos,
el nunca vencido Cesar;
à cuyo espantoso estruendo,
à cuya musica horrenda
acompañe el duro sòn
de las caxas, y trompetas. *Tiros.*
Dent. voces. Viva Carlos, cuyas glorias
tanto la fama celebra,
que de su aliento, aun no es
el Orbe capàz esfera.
Salen Luis Perez, Don Alonso, Pedro, Doña Leonor, è Isabèl vestidas de hombres, muy bizarras.
Luis. Dadme, amigo Don Alonso,
los brazos, en cuya estrecha
prision, à pesar del tiempo,
vivirà el alma contenta.
Alonso. Amigo Luis, sin los vuestros,
aunque fue breve la ausencia,
como fuera de su centro
estuvo la mia violenta.

Luis. Ya no es mi nombre Luis Perez,
porque trocarle fue fuerza
por el de Alvaro Sarmiento,
hasta que fortuna quiera
abrir con alguna accion
para declararme puerta.
Vos dadme los pies, señora:
tù, què aguardas, que no llegas,
Isabèl, donde mitigues
los cuidados que me cuestas? *Abrazale.*
Leon. Ya, señor, con vuestra vista
todos los recelos cessàn.
Isab. Sabe el Cielo, hermano mio,
las congojas, y las penas,
que con sustos, y temores
he padecido en tu ausencia.
Alonso. Reconocido el peligro,
que manifiesto se acerca,
no por mì (sabela el Cielo)
sì por la preciosa deuda
de librar estas dos Damas,
que quedaron à mi cuenta
(digamoslo assi) al instante
dispuse con diligencia,
que aquesse trage vistiessen
(aunque el recato lo sienta)
con que al hombre mas galàn
tan bizarramente afrentan.
Luis. Cortaronme luego el passo
los Soldados, de manera,
que no pude incorporarme,
y en fortuna tan deshecha,
al Africa mi viage
dirigì por otra senda,
contento con que mi hermana
quedaba à la sombra vuestra.
Alonso. Por esso en Madrid no quise
(ya que el trage las alienta)
que se quedassen, supuesto,
que siempre à la vista nuestra
las penas comunicadas
ya son aliviadas penas.
Luis. Pero còmo yo os detengo
en pie de aquesta manera?
Entrad, señoras, entrad,
descansareis en mi tienda,
probando incomodidades,
que trae consigo la guerra.
Vanse las dos.

Alonso. En un monte os esperamos
distante de alli tres leguas,
pero como no veniais,
con temerosas sospechas
à la Corte passè, donde
besè las plantas al Cesar,
que estaba ya de partida,
y à bien poca diligencia
(gracias doy à mis disculpas)
me mandò que le siguiera,
à donde à su heroica vista
mi primero cargo exerza.
Tuvimos felìz viage;
pero referir mi lengua
hazañas, que en su discurso
executò su grandeza,
serà impossible. *Luis.* Contadme
alguna, por vida vuestra,
mientras està cuidadoso
recorriendo las trincheras.
Alonso. Al pie de esse monte altivo,
cuya atrevida sobervia,
verde gigante, pretende
escalar del Sol la esfera;
mandò Carlos, que su gente
se apeasse, porque pudiera
con mayor facilidad
trepar las asperas breñas,
puesto que el monte por partes
es de notable aspereza;
y su Real Magestad
escusò esta diligencia,
porque le traxo el cavallo
un gran señor de la rienda;
y por llegar antes que
execute el Sol su fuerza,
el rostro bolviò, y llevado
de su natural viveza,
con gran gravedad mandò,
que la gente le siguiera:
esto originò un murmureo
entre la menos experta,
que decìa (aunque de cierto
no se supo donde venga)
como el Cesar và à cavallo,
y como no considera,
que trae el andar à pie
tan grandes inconveniencias,
manda hacer lo que un Soldado,

ya fatigado, no pueda,
que si lo experimentàra,
no hablàra de tal manera.
Este murmureo llegò
à los oìdos del Cesar,
y con semblante agradable,
sin dàr de colera señas,
del cavallo airosamente,
con no vista ligereza
se apeò, y sacando la espada
cortò al cavallo las piernas,
diciendo: No han de contar
las historias venideras,
que Carlos mandò, y que tuvo
tan atrevida respuesta,
sin que con nobles acciones
heroicas muestras no diera,
de que supo executar
lo que sus voces ordenan,
corriendo fortuna igual
con la gente que govierna,
ya en dichas, ò ya en desdichas,
ya en victorias, ya en tragedias.
Y vino à pie desde entonces,
siguiendo todos sus huellas,
hasta pisar de lo llano
la agradable estancia amena.

Luis. Digna accion es, vive el Cielo,
que por memoria perpetua
el bronce, el marmol, y el jaspe
conserve en doradas letras.

Alonso. Pues esperad, que no es menos
lo que de contar me resta.
Apenas fue recibido
con regocijos, y fiestas
entre Militares salvas,
dignas de tanta grandeza;
el Duque de Alva llegò
(como era precisa deuda)
ofreciendole el Baston,
que governaba en su ausencia;
pero el Cesar no le quiso,
dando esta heroica respuesta:
Regidle, Duque, por mì,
supuesto que en essa diestra
ilustremente le adornan
tanto valor, y experiencia;
yo, como Carlos de Gante,
servirè à la sombra vuestra
con una pica, siguiendo
las Catholicas Vanderas.

Luis. Accion digna de su pecho!
notables cosas me cuentas:
pero entrad à descansar,
no esteis de aquessa manera.
Venid, que quiero sepais
de mis fortunas diversas,
puesto que son mis sucessos
cierta especie de novela.

Alonso. Tienen por alma el amor,
y vos nunca su cadena
arrastrasteis. *Luis.* Pues ya, amigo,
imperiosamente reyna
en mi pecho. *Alonso.* Serà objeto
como de la eleccion vuestra.

Luis. Hasta zelos tengo. *Pedro.* Esso
se llama miel sobre ojuelas.

Luis. Al insigne Duque de Alva,
desde mi funcion primera
debo especiales favores.

Alonso. Prodigioso es su Excelencia.

Luis. Para alentar mi valor,
me honrò con una Gineta;
y Don Hugo de Moncada
su subalterno, finezas
hace notables por mì,
bien que yo no las merezca.

Alonso. Siempre el hombre de bien es
estimado donde quiera. *Vase.*

Luis. Entrad, señor: y tù, Pedro,
no entres allà, mira, espera.

Pedro. Què quieres?

Luis. Viste à la hermosa
dulce causa de mis penas,
la Venus de estas espumas,
desde cuya azul esfera
ardientes rayos dispara,
fulmina doradas flechas?

Pedro. Hombre, dì Doña Maria,
para que todos te entiendan,
no me andes por rodeos:
sì la he visto, y por mas señas,
que las diò en no querer
ser hermosura mostrenca:
pues me dixo esta mañana,
quando passè por su tienda:
Còmo està tu señor, Pedro?
Yo respondì: Bueno queda,

y de enamorado se
derrite como manteca,
y es menester aplicarle
una cosa blanca, y fresca,
que discurro le mejòre,
como de essas manos venga:
Pues dile, me dixo (con
mejores explicaderas)
que no se venda tan caro,
y dale mis encomiendas.

Luis. Felice mil veces yo,
puesto que de mì se acuerda
tan noblemente benigna
la hermosura, que me cuesta
tantos ardientes suspiros,
del alma mudas querellas.

Pedro. Como quien no hace la cosa,
date por allà una buelta,
porque la pobre señora
de agradecida rebienta.

Luis. Dì à Don Alonso, que voy
à hacer una diligencia;
y tù estate por aì,
y si por ventura llega
su padre, avisame luego.

Pedro. Pues encaja, y no seas bestia.

Vanse cada uno por su lado, y salen Doña Maria, Teresa, y Cencerro.

Maria. Causame grande alegria
vèr los fuertes esquadrones
poblar con tal gallardìa
aquessa region vacìa
de dorados pavellones,
siendo en gigantes arrojos
piramides corpulentos,
à todo causando enojos,
embarazo de los ojos,
y embarazo de los vientos.

Teres. Ponderarà con intento
mil maravillas Castilla;
pero dexese de cuento,
porque es vèr un campamento
la unica maravilla,
pues tan presto se bolviò
tu primo, se quitò de esto.

Maria. Si allà su amor se dexò,
no te admire, que tan presto
su amado centro buscò:
mas mi corazon rendido *ap.*
à tanta bizarra accion,
còmo olvida inadvertido
el tormento apetecido
de su amorosa passion?
Si lo que dixe al criado
algun efecto tendrà?

Cencer. El alma està con cuidado.

Teres. Desde aquel lance passado
no descansa. *Cencer.* Ello dirà.

Maria. Mas mira quien en la tienda
entra. *Teres.* Tèn, señora, mia,
que es con gala reverenda
el galàn de la contienda. *Sale Luis.*

Luis. Ayude amor mi osadìa.
Dichoso mil veces yo, *Llega.*
y felice yo mil veces,
si de essas plantas merezco
besar oy la estampa breve,
ignorada de la arena,
no conocida del cesped.

Maria. Ya estrañaba, Cavallero,
sabiendo quanto pretende
serviros mi voluntad,
que tan remiso estuviesseis
en dexaros vèr, y darle
los preceptos que apetece.

Luis. Señora, mi cortedad
no os espante, que no acierte
à lograr felicidades,
que ha muy poco que lo aprende.

Maria. Ved, en què à poner llegais
los ojos, porque yo empeñe
à mi padre para el logro,
que vuestra fortuna enmiende.

Luis. Tan altos mis pensamientos
son, que del dorado Fenix
de esse cristalino globo
tocar las luces se atreven.

Maria. No os entiendo: albricias, alma. *ap.*

Luis. Facil es el entenderme. *Hablan ap.*

Teres. Què te parece, Cencerro?

Cencer. Que es un muchacho excelente.

Teres. Dime, quedàramos bien,
si aora Don Diego viniesse?

Cencer. Pues etele el ruìn de Roma.

Teres. Aqui hay pendencia solemne:
valgame el Cielo! *Cencer.* Preciso
es buscar quien lo remedie:
al Duque avisar pretendo. *Vase.*

Maria. Nunca, Don Alvaro, esse
Cavallero, que decìs,
tuvo la ocasion mas leve
para tal atrevimiento;
y aunque zeloso se muestre,
yo siempre le he despreciado,
y le he aborrecido siempre.
Luis. Assi lo creo.
Maria. Mas què miro!
entrando en la tienda viene,
y para que veais del modo
que le trato, esse retrete
os oculte, mientras yo
le despido. *Luis.* No consiente
mi valor essa baxeza,
que no acostumbra esconderse.
Maria. Oy se estrenarà, mirando
quanto à mi honor le conviene.
Luis. Valgate Dios por honor,
quànto en estos casos puedes!
y es esconderse en ellos
repetido tantas veces!
Escondese, y sale Don Diego.
Maria. Pues còmo, señor Don Diego,
de esta manera se pierde
el inviolable respeto,
que à estos umbrales se debe?
Còmo, sin temer las iras,
que causais injustamente
de mi padre, y mias, osais
entrar aqui de esta suerte?
Bolveos, ò vive el Cielo,
que llame toda mi gente,
para que castigue tantas
osadìas descorteses.
Teres. Pobre hombre, y còmo te carga
de cosecha de Septiembre!
Diego. Què mas gente, hermosa fiera,
que vuestros ojos celestes,
con cuyo rigor ociosas
las iras humanas queden?
Al paño Urb. Con la noticia que el Duque
me ha dado, aqui entrar se atreve
mi amor à hablar: mas què veo!
à espacio, penas crueles.
Maria. No os entiendo, y assi idos.
Diego. Còmo, ingrata, no me entiendes?
Ya que para mitigar
el bolcàn que el pecho enciende,
à adorar buelvo las luces
de mi amado sol ausente,
dame siquièra de alivio
lugar para que me quexe.
Urbina. Pues à tal tiempo lleguè,
cubierto de estos canceles
esperarè la sentencia
de mi vida, ù de mi muerte.
Luis. Què esto escuche, y de mi pecho
la mina ya no rebiente!
Sale Pedro al paño por otro lado.
Pedro. Haviendo visto à Don Diego
entrar, salir el vejete,
y despues colarse Urbina,
es justo los considere,
segun los humos de mi amo,
riñendo à tente bonete;
pero Don Diego està solo
con ella, escuchar conviene.
Maria. Si no os vais, yo procuro
remediarlo de esta suerte. *Quiere irse.*
Diego. Pues ya, bellissima ingrata,
que nada mi amor merece,
el atrevimiento pueda
lo que las ansias no pueden.
Quiere tomarla una mano.
Luis. Què miro! *Urbina.* Què veo!
Sale Luis. Tened.
Urbina. Quièn se viò en lance mas fuerte!
Maria. Valgame el Cielo! *Diego.* Por esto
eran, fiera, los desdenes?
Luis. Por esto, y para que yo
tanto atrevimiento vengue. *Riñen.*
Diego. Yo tambien. *Pedro.* Donde estarà
Urbina, que no parece? *Sale Urbina.*
Urbina. Tened, pues à mi valor
oy le toca solamente
lograr, riñendo con ambos,
la venganza.
Luis. De esta suerte *Riñen.*
se cobra de mi. *Pedro.* Ya aora,
que el Duque volando viene,
salgo allà: Señor, aqui *Sale.*
estoy yo. *Luis.* Vete.
Pedro. Què es vete?
Maria. Cavalleros, esta tienda
no es palestra, donde puede,
tan à costa de mi honor,
vuestro duelo mantenerse;

y mas quando yo no he dado
ocasion à que os aliente
à profanar del sagrado
tantas soberanas leyes.
Pero el Duque. *Urbina.* En estos casos
no importa. *Riñen.*
Maria. Cielos, valedme!
Salen el Duque, y Cencerro.
Duque. Què es esto? còmo, señores,
profanais osadamente
esta inmunidad, que tantas
veneraciones merece? *Embaynan.*
Y còmo el acero invicto
en los ocios se entretiene,
quando yo le he menester
osado, como otras veces,
para postrar por el suelo
esse Atlante, que valiente
con todo el Olimpo acuestas,
ni se agovia, ni se tuerce?
Por vida de Carlos Quinto,
que à todo el mundo escarmiente
vuestro castigo: decid,
què ha sido esto?
Pedro. Hecho una sierpe
està. *Luis.* Llegando Vuecencia,
nada, señor. *Vase con Pedro.*
Urbina. Casualmente
lleguè, y deciros no puedo
la causa que les moviesse
à reñir. *Cencer.* Si no doy soplo,
se matan adredemente.
Urbina. Y solamente sè, para
que mis dolores se aumenten,
que ya no puedo lograr
la dicha que se me ofrece. *Vase.*
Duque. Bien claramente, Don Diego,
estas razones me advierten
ser vos de aquestos excessos
quien toda la culpa tiene.
No en vano aquel poco agrado,
que yo os he mostrado siempre,
ha sido porque enmendeis
tan resueltos procederes.
Diego. Señor, yo::- *Duque.* No repliqueis,
idos, y advertid prudente,
que mi valor::- *Maria.* Santos Cielos,
què es esto que me sucede?
Duque. Por el honor de esta Dama,
de su castigo os absuelve!
Què mal hice en declararme *ap.*
à Urbina! anduve imprudente.
Diego. Pues contra mì, gran señor,
vuestros enojos proceden,
ya que no supe agradaros,
infelice yo mil veces. *Vase.*
Maria. Yo, señor::-
Duque. Decid, señora.
Maria. Sabe el Cielo::-
Duque. Ingenuamente,
què ha havido sobre este caso?
Pero esperaos, que viene
vuestro padre con el Cesar,
despues lo sabrè. *Maria.* Valedme,
Cielos! *Duque.* No os aflijais,
mostrad el semblante alegre.
Maria. Mirad, señor, por mi honor.
Duque. Esso por mi cuenta quede.
Salen el Emperador Carlos Quinto, Don Hugo, y acompañamiento.
Emp. Còmo, de mì adelantado,
à la tienda haveis venido
de Hugo? pues què ha sucedido?
que me teneis con cuidado.
Duque. Supe, señor, (lindo cuento!)
que estaban unos Soldados
en cierto lance empeñados,
con bien poco fundamento;
y como yo deseè
siempre evitar un arrojo,
por no causar vuestro enojo,
aqui el passo acelerè:
Mirando que havia llegado,
cessaron en la pendencia,
tomando con diligencia
esta tienda por sagrado:
y como causa no vì
de usar con ellos rigor,
en vuestro nombre, señor,
el perdon les concedì.
Emp. Haveisme dado gran gusto
quitando la dissension;
y haverles dado el perdon
fue muy justo; porque es justo,
que con favorable exemplo
gocen de la inmunidad,
que à donde està la Deidad
alli constituye el Templo.

Maria. Honras, y mercedes tantas
no ſabrè recompenſar,
ſino llegando à beſar
vueſtras generoſas plantas. *Arrodillaſe.*
Emp. Alzad, ſeñora, del ſuelo,
que tan ufano ſe vè,
felìz, y alegre, porque
merece hoſpedar el cielo.
Es ſu belleza extremada, *ap.*
nuevo harpòn es de Cupido.
Maria. Seais, gran ſeñor, bien venido.
Emp. Vos, ſeñora, bien hallada.
Teneis hijo? *Hugo.* Si ſeñor.
Emp. Pues dadle una Compañia.
Hugo. Es muy niño todavìa,
tiempo havrà para el favor:
Soldado raſo ha de ſer,
pues llego à conſiderar,
que no ha de ſaber mandar
quien no ſupo obedecer.
Bien la doctrina nos dà
vueſtra Mageſtad prudente
con la accion que eſtà preſente.
Duque. Es ſeguro. *Emp.* Bien eſtà.
Hablan aparte el Emperador, y el Duque, y Don Hugo con Doña Maria.
Hugo. Has viſto algo de eſto? *Maria.* No.
Hugo. Pues tù què hacìas aqui?
Maria. Al alboroto ſalì,
por vèr quien acà ſe entrò.
Emp. Y en conſiguiendo mi intento,
de Barbarroja à peſar,
à Argèl tengo de ſitiar,
vive Dios. *Duque.* Aſsi lo ſiento.
Emp. Que aunque de diverſas leyes,
quando el peligro ſe vè,
el favorecerſe fue
politica de los Reyes;
y mas quando breve eſpero
el ſocorro peregrino,
por el mar, de mi ſobrino
el Rey Don Juan el Tercero. *Caxas.*
Pero què he llegado à oìr?
quièn cauſa tanto rumor?
Duque. Barbarroja, gran ſeñor,
que oy os ſale à recibir.
Hugo. A los ataques ſe arroja
temerario, como vès.
Emp. Siempre lo creì, que es
corteſano Barbarroja. *Sale Urbina.*
Urbina. De Infantes, y de cavallos
no oyes, ſeñor, el rumor?
Duque. Venid, Hugo: Aqui, ſeñor,
mientras voy à rechazallos,
me eſperad. *Hugo.* Quedaos: los dos
verèmos como deſpejan. *Vanſe.*
Emp. Que me quede me aconſejan:
muy buen conſejo, por Dios!
Urbina. Solamente vueſtro amago
baſta para ſu ruìna. *Forcejean.*
Emp. Dexadme entrar, Juan de Urbina.
Urb. No haveis de entrar. *Emp.* Santiago.
Dale un empellon, y vaſe ſacando la eſpada.
Urbina. Nadie templarà ſu ſaña. *Vaſe.*
Cencer. El Poèta garrafal,
de la palabra formal
ſe agarrò, ſin cierra Eſpaña.
Tereſ. Lindamente ſe eſcapò!
Cencer. Mi ſoplo algo merecìa.
Maria. Viſte con la bizarrìa,
que à cargo mi honor tomò,
porque avive la paſsion
del alma que tierna adora?
Tereſ. Dexa eſſo, y veamos aora *Tocan.*
la fieſta deſde el balcon. *Vanſe.*
Salen Barbarroja, Sinàn, y Moros con alfanges, y rodelas.
Barb. Oy es el dia, Soldados,
que valientes, colericos, y airados,
podeis, con el valor que ya os inflama,
dar eternos aſſuntos à la fama;
pueſto que tan ufanos
ſe vienen à entregar en vueſtras manos
los Eſpañoles, cuya frente altiva
coronò de laurèl, ciñò de oliva,
tanto valor, que los temblò la tierra
por legitimo aſſombro de la guerra.
Pero vueſtro denuedo vigilante
rendirà altivo, poſtrarà arrogante
el orgullo famoſo
de tanto Eſpañol Marte valeroſo,
y los agudos filos de eſſa eſpada,
con oſado furor, fiereza oſada,
no temeràn congoja,
al vèr que los alienta Barbarroja,
que à ſu Rey (ſiempre altivo)
hace andar temeroſo, y fugitivo
por varios Orizontes,

pisando breñas, fatigando montes,
por conseguir valiente
coronar de laurèl su altiva frente.
Sinàn. Pues à ellos; y el Cielo *ap.*
les conceda victoria, que mi anhelo
(no sè por què secreto)
siempre les tuvo singular afecto.
Barb. Esto es por alentarlos solamente, *ap.*
que si Carlos valiente
assalta la muralla, y atrevido
la Plaza gana, viendome perdido,
sin que nadie lo impida,
la oculta mina me darà salida.
Sinàn, ya el enemigo
nos recibe; seguidme. *Sinàn.* Ya os sigo.

Suena ruido de tiros, caxas, y clarines, y salen el Duque, Don Hugo, Juan de Urbina, Luis Perez, Don Alonso, Pedro, Isabèl, y Doña Leonor con espadas, y rodelas, y retiran à los Moros.

Duque. Ea, valientes Españoles,
à ellos. *Hugo.* Ea, Castellanos.
Luis. Aprieta, Pedro. *Pedro.* Ya aprieto.
Luis. Y vosotras retiraos.
Las dos. Què es retirarnos, vistiendo
este trage? *Pedro.* Pues andallo,
que no siempre los graciosos
han de ser unos maniacos. *Vanse.*

Sale el Emperador retirandose de Barbarroja, y tropa de Moros.

Emp. Pensarèis, tropa enemiga,
aunque acosado de tantos,
se ha de rendir el aliento
de este acero, y este brazo?
Pues no, que antes que se rinda,
viven los Cielos sagrados,
que pedazos he de haceros,
ò haveis de hacerme pedazos.
Barb. Rindete; pero què veo!
tened la espada, Soldados,
que es Carlos el que mirais,
esto lo muestra bien claro
el Ariete, que en su pecho
peyna vellones dorados:
Rendìos, à què aguardais?
Emp. De esta suerte. *Riñe con todos.*
Dent. Luis. Todo el campo
buscando al Rey he corrido,
y no he podido encontrarlo,
para vèr::- pero què miro! *Sale.*
Barb. Rindete. *Emp.* No sè, villanos.
Luis. Què es rendirse? vive Dios, *Riñe.*
si està mi espada à su lado,
que rayos de acero esgrime
en su favor? ponte en salvo,
señor, que yo quedo aqui
hecho muralla de marmol.
Emp. Que me ponga en salvo yo?
mal me conoceis, Soldado.
Luis. No hay remedio?
Emp. No hay remedio.
Luis. Pues apretemos la mano.
Barb. Tetiremonos de aqui,
y à buscar refuerzo vamos.

Retiralos el Emperador, y Luis.

Emp. A ellos. *Luis.* A ellos.
Sale el Duque. Què es esto?
Emp. Què ha de ser? obra el valor.
Duque. Pues còmo estais, gran señor,
en riesgo tan manifiesto?
retiraos. *Emp.* Permitir
no puedo modos templados;
donde mueren mis Soldados
alli tengo de morir.

Quiere entrar, y el Duque le detiene.

Duque. No hay alguna entre las glorias,
que à essa libertad iguale,
ella solamente vale
mas de quinientas victorias.
Si algun remedio no aplico, *ap.*
peligrarà, que es valiente.
Retiraos solamente,

Con el sombrero en la mano.

señor, porque os lo suplìco,
ya que la razon informa
lo mucho que se interessa.
Emp. Yo no he de dexar la empressa.
Duque. Con què no hay forma?
Emp. No hay forma,
aunque sea temeridad,
quitad, Duque, que entrarè. *Forceja.*
Duque. Vive Dios, que me valdrè
de toda mi autoridad.

Encasqueta el sombrero.

Quièn me diò este bastòn? *Emp.* Yo.
Duq. Donde tengo imperio? *Emp.* Aqui.
Duque. Sois vos mi Soldado? *Emp.* Si.
Duque. Negais la obediencia? *Emp.* No.

Duque. Llegandolo à confessar,
obedeced presto vos;
porque si no, vive Dios,
os mandarè castigar.
Seor Soldado (asi ha de ser)
porque ninguno le ofenda, *Muy grave.*
vaya de guardia à mi tienda,
pues alli le he menester.
Emp. Quien en tal lance se viò! *ap.*
Que cuides estimarè
de aqueste Soldado, que
vida, y libertad me diò. *Vase.*
Duque. Es mozo muy alentado,
bien conozco su valor.
Luis. Mucho me honrais, gran señor.
Duque. Vos lo teneis grangeado;
y que Carlos os dè, intento,
el premio que corresponde;
y aora entremos por donde
anda Marte mas sangriento. *Vase.*
Luis. En esso sì, vive Dios,
asistirè yo el primero.
Sale D. Diego. Esperaos, Cavallero,
que tengo que hablar con vos.
Luis. Esta espada cortadora
nada teme: què quereis?
Diego. Mataros. *Luis.* Que siempre haveis
de llegar à mala hora!
Sigamos oy una ley,
siendo un breve rato amigos,
por matar los enemigos
de mi Dios, y de mi Rey;
y asi::- *Diego.* Tan bizarro alarde
al no reñir favorece.
Luis. Esperad, que esso parece
darme nota de cobarde:
la accion de vuestros extremos
aquesta espada mejora,
rechacemoslos aora,
y despues nos matarèmos.
Diego. Venceis la dificultad;
mas que fuera (es evidente)
resistir à tanta gente
notable temeridad.
Detràs de aquella colina,
pues que sin gente la miro,
à esperaros me retiro. *Vase.*
Luis. Vive Dios, que sois gallina:
mas no es justo me acobarde,
aunque vienen tan restados.
Salen Barbarroja, Sinàn, y Moros.
Barb. Aqui le dexè: Soldados,
llegad todos. *Luis.* Venìs tarde,
supuesto que el General,
quando en peligro le viò,
à su pesar le ausentò.
Barb. Quien viò desventura igual!
Pues tan feliz ocasion
tu valor me hizo perder,
sin duda debes de ser
hombre de suposicion:
que al mas honrado prefiere,
y al mas valiente retrata
quien tan fieramente mata,
quien tan duramente hiere:
y aunque no consiga oy
otra presa, vèr espero,
llevandote prisionero,
gran rescate. *Luis.* En esso estoy.
De esta manera me entrego, *Riñe.*
que estas manos alentadas
distribuyen cuchilladas,
como centellas al fuego,
à imitacion del abismo.
Barb. Ninguno quartèl le dè.
Luis. Pero la espada quebrè: *Quiebrasele.*
ò reniego de mì mismo!
Barb. Llegad unos por aqui,
mientras à otros hace frente.
Cercanle, y abrazanle por las espaldas.
Luis. De esse modo solamente
pudierais triunfar de mì.
Barb. Es valiente, y arrestado:
quièn su valor no celebra? *Llevanle.*
Sinàn. Si la espada no se quiebra,
mal lance haviamos echado.
No vì mas bizarra accion,
y debe, por valeroso,
à mi pecho generoso
una entrañable aficion. *Vase.*
Sale Juan de Urbina retirandose de tropa de Moros.
Moros. Rindete.
Urbina. Nunca ha sabido
este acero: andad, canalla,
que vive Dios, que no quede
hombre libre de mi saña.
Moros. Acosadle por aqui. *Tropieza, y cae.*

Sale Isabèl, y ponese à su lado.

Urbina. No importa: el Cielo me valga!
Moro 1. Echaos todos sobre èl.
Isab. Bizarro joven, levanta,
que esta espada te defiende: *Levantase.*
Estàs herido? *Urbina.* No. *Isab.* Vaya.
Urbina. De dònde, galan mancebo,
para evitar mi desgracia,
saliste? *Isab.* Reñid aora.
Urbina. Si aquesse brazo me ampara,
nada temo, aunque à esta parte,
conociendo la ventaja,
lluevan Moros. *Isab.* Mas que lluevan,
que à mas Moros, mas ganancia:
Huid, perros; còmo mi aliento
tanto en deshaceros tarda?

Huyen los Moros.

Urbina. Esperad, joven bizarro, *Detienele.*
mientras que mi fè postrada,
por socorro tan valiente,
os dà las debidas gracias.
Isab. Todo vos lo mereceis.
Urbina. Segun las señas declaran, *ap.*
creyera::- pero es locura.

Al paño Pedro.

Pedro. Que no encuentre yo à mi ama,
para darle la noticia
de tan notable desgracia!
Pero ya alli la diviso,
que con Don Alonso habla,
aunque de espaldas le veo.
Isab. Estimo fineza tanta.
Pedro. Llegarè: señora.

Llega cogiendo à Urbina de espaldas.

Urbina. Què oigo?
Pedro. Cayòse acuestas la casa.
Isab. Villano, infame, atrevido,
de aquesta manera guardas
secretos que te se fian? *Dale.*
Pedro. Tenla, señor, que me mata.
Isab. A mis manos moriràs.
Urbina. Templa vuestra justa saña;
pero no, no la templeis, *Detienela.*
enojaos, que las Damas,
aunque hermosas, mas hermosas
estàn, quanto mas airadas.
Isab. Por vos, noble Cavallero,
oy adelante no passan
mis iras. *Urbina.* Guardeos el Cielo.
Pedro. No andemos en pataratas:
tu hermano và prisionero,
de manera, que en volandas
se lo llevan. *Isab.* Todo el Cielo
caiga sobre mì. *Pedro.* No caiga.
Isab. Què dices? *Pedro.* Aora creo
le entran dentro de la Plaza.
Urbina. Nada, señora, os fatigue,
que el tiempo todo lo allana;
y si agravio padeceis,
y quereis vèr empleada
esta espada, os servirè
con la vida, y con el alma.
Isab. Incapàz de padecerle
ha sido siempre mi fama:
desgracias son de un hermano.
Urbina. Pues referidme la causa,
que en aquesse trage os tiene.
Isab. Essa es historia muy larga,
mas de espacio lo sabreis.
Urbina. Pues acepto la palabra.
Ya con este nuevo objeto *ap.*
es bien se olviden mis ansias
de todas las antes muertas,
que nacidas esperanzas. *Vase.*

Salen Don Alonso, y Doña Leonor.

Alonso. Pedro, y tu amo?
Pedro. Aquessa es buena:
amigo, cayò en las garras
de Barbarroja. *Alonso.* Què dices?
Isab. En todo soy desdichada.
Alonso. A què espera mi valor,
que altivo no le rescata?
Isab. Es impossible, pues ya
dentro està de las murallas.
Pedro. Y los Moros, porque acà
todos la victoria cantan.
Dent. voces. Viva el magnanimo Cesar,
nuestro invencible Monarca.

Salen el Duque, D. Hugo, Doña Maria, Teresa, y Cencerro por una parte, y el Emperador por otra, con una pica en la mano.

Duque. Viva, valientes Campeones;
y tu Magestad Cesarea,
en albricias del sucesso,
à besar me dè sus plantas.
Pedro. Ya que està de centinela
havrà sus tres horas largas,
y bien podia mudarle

el señor Cabo de Esquadra.
Maria. Pues què novedad es esta?
Hugo. Cosas del gran Duque de Alva.
Alonso. Estraña obediencia! *Urbina.* Digna
que aplauda à voces la fama.
Duque. Ya, gran señor, que passò
la tormenta que arriesgaba
vuestra persona, serà
justo que alivieis la carga.
Quitale la pica con gran reverencia.
Emp. La obediencia solamente
es quien al Soldado ensalza. *Clarin.*
Pero què voces son estas,
del metal articuladas,
que velozmente sonòras
los velos del aire rasgan?
Duque. A lo que mirar se dexa,
con comitiva bizarra
un gallardo Moro viene
tremolando seña blanca.
Emp. Si querrà tratar de entrega?
Duque. Responded à la llamada,
que el salvoconducto ofrezco.
Emp. Novedad es de importancia *ap.*
sin duda; y por si me toca
una respuesta gallarda,
teniendo el Duque el Baston,
como en la funcion passada,
porque le pese à mi aliento,
tengo las manos atadas;
y para el breve remedio,
su misma industria me valga.
A dònde mandais? *Duque.* Aquì.
Emp. Quièn soy? *Duque.* El Rey mi señor.
Emp. Què os dà esse Baston? *Duq.* Honor.
Emp. Puedo quitarosle? *Duque.* Si.
Emp. Con essa insignia ya vì,
que me hicisteis retirar,
no darè otra vez lugar;
y aunque aora no mejora
de mano, damela aora, *Tomasele.*
que le quiero yo mandar;
y no culpeis esta accion,
que solo os le he quitado,
porque cumplìs demasiado,
Duque, vuestra obligacion:
por lograr una intencion
ha sido, que aqui se encierra
mi laurèl. *Duque.* En nada yerra
tu Magestad con mi amor,
que los Reyes, gran señor,
son los Dioses de la tierra.
Emp. Decid aora que llegue
el Moro. *Alonso.* Accion alentada!
Duq. Bien se ha vengado. *Hugo.* Es estraño
su valor. *Dentro cañonazos.*
Emp. Pero què salva
tan à lo lexos se escucha
sobre essos campos de plata?
Sale D. Diego. Señor. *Emp.* Què es esso?
Diego. Segun
avisan las atalayas,
cortando montes de espuma
una poderosa Armada
viene saludando el Puerto.
Hugo. El socorro es que se aguarda.
Emp. Es sin duda; aora mejor
recibirè la embaxada.
Duq. Pues ya llega. *Ped.* A aquestos perros
no hay quien los dè unas zarazas?
Sale Barbarroja por el patio à cavallo con acompañamiento, y un Trompeta delante.
Barb. Carlos invicto, Emperador valiente,
à cuyo acero atròz, mano triunfante,
rinde Neptuno el humedo tridente,
y Jupiter el rayo fulminante:
Barbarroja, cortès, sabio, y prudente,
te saluda, no menos arrogante,
que no es justo deroguen, entre Reyes,
leyes de guerra, del respeto leyes.
No siento, que valiente, y arrestado
me sities la Goleta embravecido,
ni que mis armas hayas rechazado,
ni que victoria hayas conseguido,
que es duro disponer del duro hado;
solo siento que à mì te has atrevido,
sabiendo que es mi poderoso aliento
dueño del agua, y àrbitro del viento.
Porq̃ ha muerto mi gẽte vuestro acero,
no dudo, que estaràs vanaglorioso,
pues ventajoso à mì te considero,
que el que te defendiò tan valeroso,
en mi poder se mira prisionero,
y aunque le opuse un batallon copioso,
à todos embistiò, bien satisfecho,
la espada en mano, y el escudo al pecho.
Cruel, fiero, rabioso, y obstinado,
la espada esgrime, y el escudo bate,

no le prendo, si no se le ha quebrado
el acero; prevente à su rescate,
sin creer, que en tan duro triste estado
mis rigorosas coleras dilate,
que serà (si no evitas tanto enojo)
de aqueste brazo misero despojo.

Hugo. Quièn es? *Duq.* Alvaro Sarmiento,
el que con accion famosa
vuestra hija defendiò
de aquella canalla Mora.

Maria. Què escucho? valgame el Cielo!

Diego. Quanto mi venganza estorva *ap.*
este accidente! *Emp.* Atended,
arrogante Barbarroja,
à quien he escuchado, solo
por ser accion que me importa,
tanta sobervia, aunque tengo
buelta la sangre ponzoña.
Por la libertad de aquesse
Cavallero, por quien goza
desde aquel lance passado
la libertad mi persona,
la victoria diera en cange
(y es muy poco la victoria)
la copia de prisioneros,
los alfanges, y marlotas,
que hasta aora te he quitado
en las empressas famosas,
te darè: mira si estimo
en mucho su vida heroica.

Barb. Yo no he menester alfanges,
que Vulcano me los forja,
Jupiter me les dà el temple,
y Marte me los adorna;
y para que postre tantas
arrogancias orgullosas,
como hijo de la fortuna,
gente la tierra me brota
tanta, que hallo poderoso,
quando miro à la redonda,
un cavallo en cada rama,
y un ginete en cada hoja.
Prevèn rescate copioso
en oro, perlas, y joyas,
porque no pruebe los filos
de aquesta cuchilla corba.

Emp. Pues antes que el gran Planeta
de essa maquina redonda
en los campos de Neptuno
tienda la madeja roja;
antes que pulse la rienda,
y antes que la planta ponga
en el estrivo dorado
de la radiante carroza,
para dàr vida à las flores,
y hacer de una en otra Zona,
desde el Oriente al Ocaso,
la jornada luminosa,
reconocido à sus brios,
y castigando essa pompa,
con un general assalto
libertarè su persona. *Vase.*

Duque. Esso me agrada, que es
digno de mayores honras. *Vase.*

Barb. Yo anticiparè primero
mis acciones rigorosas. *Retirase.*

Urbina. Vive Dios, que estas acciones
me causan embidia honrosa. *Vase.*

Diego. Ya con aqueste accidente
alienta, esperanza loca. *Vase.*

Hugo. Quièn libertarte pudiera!
vèn, hija. *Maria.* El Cielo disponga *ap.*
su libertad, porque yo
salga de tanta congoja. *Vase.*

Teres. Mira como lo ha sentido
el ama. *Cencer.* Què ha de hacer, tonta?
le toca en el alma, y siente
cada uno lo que le toca. *Vanse.*

Alonso. Venid, señoras, y el Cielo
ocasion me ofrezca pronta
en que liberte à mi amigo
de esclavitud tan penosa.

Leon. Asi sea. *Isab.* Porque yo
salga de tanta zozobra. *Vanse.*

Pedro. Y acabada esta Jornada,
os cito para la otra.

JORNADA TERCERA.

Descubrese el muro de la Plaza, y salen Sinàn, y Luis Perez embozados.

Sinàn. Del sitio favorecido,
de la tiniebla amparado,
de tu valor obligado,
y de mi piedad movido,
te he procurado poner
en libertad, sin dudar.

Luis.

Luis. Con què te podrè pagar
tan bizarro proceder?
Sinàn. Aqui tienes esta escala,
Dale unos cordeles.
atala de aquessa almena,
y baxar al fosso ordena.
Luis. Què dicha à mi dicha iguala?
dexa que bese essos pies
por el favor que me dàs.
Sinàn. No pierdas el tiempo, que has
menester para despues.
Barbarroja, por guardalla
(que es lo que mas le desvela)
de una en otra centinela
và rodando la murálla.
Puede ser que por aqui
encamine su partida,
y asi antes que me despida
quiero preguntarte. *Luis.* Dì.
Sinàn. Si mudassemos los dos
de fortuna, por honrarme,
dàs palabra de ampararme?
Dale la mano, y abrazanse.
Luis. Sì doy. *Sinàn.* Pues à Dios. *Vase.*
Luis. A Dios.
Para que con alegria
mire la prenda que adoro,
caber pudo en pecho Moro
tal linage de hidalguìa?
Aqui atar la escala intento,
ya que no he sido sentido,
para tener atrevido
lugar de echarme.
Salen Barbarroja, y Moros.
Barb. Què gente?
Luis. Pero perdido me advierto.
Todo me sale al revès.
Barb. Quièn và allà?
Moro 1. Diga quien es.
Luis. El demonio.
Al ir à reconocerle, dale, y cae el Moro.
Moro 1. Ay que me ha muerto!
Barb. Què veo, Cielos soberanos!
Dime, el Español no eres
atrevido? *Luis.* Sì, què quieres?
Barb. Quièn te libertò? *Luis.* Mis manos.
Barb. Còmo, llegandote à vèr,
no te matan mis anhelos?
cercadle. *Cercanle, y riñe con todos.*

Luis. Què es esto, Cielos!
vive Dios, que no ha de ser
como en el lance primero.
Si despeñadero hallàra, *Forceja.*
yo mismo me despeñàra,
y ya aqui hay despeñadero.
Recibidme, centro ciego
de tanto fosso profundo,
porque quede fama al mundo
de Luis Perez el Gallego.
Abrazase con unos, y dexase caer con ellos dentro.
Barb. No vì mas valiente arresto. *Vase.*
Dent. unos. En el fosso es el ruìdo.
Dent. otros. Gente del muro ha caìdo.
Salen el Emperador, y el Duque, por diversas partes.
Duq. Què es aquesto? *Emp.* Què es aquesto?
quièn causa tanto rumor?
que en la ocasion dificulto.
Duque. Pero alli diviso un bulto:
quièn và allà? *Emp.* Duque?
Duque. Señor.
Emp. Què novedad hay? *Duque.* No sè
la causa de estos extremos:
pero àzia el fosso lleguemos.
Emp. Què puede ser esto? *Duque.* Que
tres hombres desde el cristal
tierra toman abrazados.
Arrojase Luis Perez al tablado con dos Moros.
Luis. Vive Dios, que sois pesados
como pecado mortal:
Matarèos con rigor,
si no os rendìs à mì,
perros: mas quièn està aqui?
Emp. Don Alvaro? *Luis.* Gran señor,
deme vuestra Magestad *Arrodillase.*
à besar sus pies. *Duque.* Con dos
se ha arrojado, vive Dios!
Emp. Maesse de Campo, alzad:
viste hombre mas alentado?
Duque. Ya os tengo referido,
que fue antes conocido
por Heroe, que por Soldado.
Luis. Con tal favor, no codicia
mas mi valor, pues me agrada,
que empeño à empeño se añada.
Emp. De donde sois? *Luis.* De Galicia,
Esta pregunta, en rigor, *ap.*
al-

algun misterio assegura.
Emp. Y conoceis por ventura
un Luis Perez? *Luis.* Si señor.
Emp. Un hombre tan vil, que trata
mal los timbres de Galicia,
pues burla de mi Justicia,
y sus Ministros me mata?
Entre aquella humilde gente
por alli se hace temer,
si fuera aqui, puede ser,
que no fuera tan valiente.
Luis. Indignado està, y yo cuerdo *ap.*
hablar no pretendo ufano,
ya que yo por mì me gano,
lo que yo por mì me pierdo.
Siempre le vì, gran señor,
tenido por hombre honrado;
pero ha sido desgraciado
en defensa de su honor.
Emp. Està bien: Aora mirad,
si acaso sabe un Pagano
el idioma Castellano.
Moro 1. Yo, señor.
Emp. Pues levantad.
Què hay de nuevo?
Moro 1. En la congoja,
que justamente se altera,
por todo mañana espera
gran socorro Barbarroja,
de Infanterìa, y Coraza,
mandada entrar de tropèl,
porque rompiendo un Quartèl
puedan entrar en la Plaza.
Emp. Novedad es la que oì
muy grande: confuso estoy,
y no puedo darle oy
el assalto que ofrecì,
y mas quando acelerarlo
fue por libraros à vos: *A Luis.*
Quièn los manda? *Moro* 1. Alì.
Emp. Por Dios,
que haveis de ir à derrotarlo; *A Luis.*
nombradle un destacamento *Al Duq.*
de Españoles alentados.
Duque. De essos, los menos versados
prestaràn al mundo aliento.
Emp. Marchad, supuesto que ufana
à la Aurora peregrina
ya le corren la cortina
nubes de carmin, y grana.
Vase con el Duque.
Luis. Ya, fortuna, tanto aumento
te estimo, y mientras Paganos
huviere, y tenga yo manos,
todavia no estoy contento. *Vanse.*
Salen Doña Maria, Teresa, y Cencerro.
Maria. Què es lo que dices, Cencerro?
tù le has visto? *Cencer.* Yo le he visto
mas galan, que Gerineldos,
salir oy con el Sol mismo,
mandando un destacamento
de Cavalleros lucidos,
hecho Maesse de Campo,
à buscar los enemigos,
que entrar socorro pretenden.
Maria. Còmo de tanto conflicto
escapò? *Cencer.* Dicese, que
barbaramente atrevido
se ha precipitado al fosso,
agarrado de un racimo
de Moros, à tiempo que
el Cesar, y el Duque invicto,
rondando iban las trincheras
por dos parages distintos;
y viendo accion tan bizarra
Carlos, la merced le hizo,
que te refiero, señora.
Maria. Con esto ya el pecho mio
puede alentar. *Teres.* Y yo darte
la enhorabuena. *Maria.* Te estimo,
Teresa, la voluntad,
à mi amor agradecido;
pero hasta verle bolver
triunfante, en vano respiro.
Cencer. Si le miràras salir
sobre un animado risco
delante de aquella Tropa,
adornada de bruñidos
petos, y finas zeladas,
de cuyo remate altivo
las plumas, y las garzotas,
en ondas de varios visos,
por los pàramos del aire
siembran Abriles floridos,
de veras me lo dirìas.
Teres. No vèn el viejo podrido,
y como se regodèa?
Maria. Calla, que gracia ha tenido.

Cencer. Hija, quien tuvo retuvo,
segun dice el refrancillo,
y en tocando en estos puntos,
yo reniego de los brios,
que no dispiertan, por mas
que ya se miren dormidos.
Teres. Pero el Duque viene à verte.
Maria. Solo, Teresa? *Teres.* Solito.
Cencer. Sin duda trae novedad.
Sale el Duque. Aunque licencia no pido,
no, no os espante, señora,
que hombres de los años mios
tal prerrogativa tienen.
Maria. Seais, señor, bien venido;
que como siempre teneis
imperio en los alvedrìos,
no necessitais llamar
en ninguna parte. *Duque.* Estimo,
señora, vuestra lisonja.
Maria. De todo, señor, sois digno.
Duque. Decidme, còmo os sentìs
en el continuado ruido
de tanto marcial estruendo,
de tanto inquieto bullicio?
Maria. Yo como nacì, señor,
hija de Soldado, quiso
la fortuna, que no me hagan
novedad los exercicios
Militares. *Duque.* Yo me alegro;
y mientras que divertido
dexo à vuestro padre, quiero,
que sobre aquel lancecillo
me informeis, porque yo pueda
daros despues un aviso.
Maria. A Vuecelencia, señor,
solo pudiera decirlo: *Hablan ap.*
Callarèle, que en mi quarto
Sarmiento estaba escondido.
Cencer. Què coliges tù, Teresa,
que con estos secreticos
puede intentar su Excelencia?
Teres. Y què le importa al maldito
vejete, saber aora
si colijo, ò no colijo?
Cencer. Por què tan cruel, muchacha,
tù te muestras? *Teres.* Porque ha sido
cementerio de por vida,
que siempre se anda conmigo.
Duque. Con que despues que Sarmiento
entrò valiente à impedirlo,
llegò Urbina? *Maria.* Si señor,
es verdad. *Duque.* No en vano dixo,
que yo lograr no podia
la dicha que le he ofrecido,
pues por vos hallò riñendo
dos Cavalleros altivos.
Y Sarmiento què buscaba?
Maria. Debiò de entrar advertido
à hablar à mi padre, à tiempo
que viò el excesso, que he dicho.
Duque. Oìd, señora: Vuestro padre
os traxo con el designio
de casaros con Urbina,
y à mì instrumento me hizo,
porque con èl lo tratasse:
quedò muy desvanecido
con tal favor; y despues
se ha mostrado tan remisso,
como os dixe; y aora
resta, que vos con cariño
le satisfagais, haciendo,
que queden desvanecidos
sus zelos, que para esto
no os faltaràn silogismos.
Maria. Señor, aunque Juan de Urbina
es Cavallero tan digno
aun de mayores empleos,
que perdoneis, os suplìco,
no poder daros el sì
à favor tan exquisito.
Duque. Còmo? siendo un Cavallero
tan bizarro, tan bien quisto,
tan valiente, tan discreto,
tan noble, y tan entendido?
Maria. Todo, señor, lo concedo;
pero yo tengo motivos
para no aceptar la dicha:
ya parece que me explico.
Duque. Quales son? si no es que ya
el cariño divertido
en otra parte tengais.
Maria. Ya discurro que lo han dicho
caractères, que en mi rostro
dexò la verguenza escritos.
Duque. No por esso os turbeis:
luego ya tarde ha venido
mi pretension? *Maria.* Si señor.
Duque. Acabarais de decirlo:

Y quièn ha ſido el dichoſo,
por ſi yo en algo le ſirvo?

Maria. No os acordais, ſeñor,
del valor, la gala, el brio
con que aquel joven famoſo,
abandonando peligros,
me librò de entre las manos
de los fieros enemigos?

Duque. Es Sarmiento? *Maria.* Sì ſeñor.

Duque. Me alegro, por Jeſu-Chriſto,
que eſſe ſolamente puede,
valeroſamente invicto,
competir à Juan de Urbina,
y no negarè, que he ſido,
à viſta de tal fineza,
un tonto en no diſcurrirlo;
y los dos de igual empleo
ſon ya. *Maria.* Pues haveis ſabido
lo que recatè haſta aora,
aun de mis propios ſuſpiros,
ſi mi padre inſiſte::- *Duque.* Eſſo
dexadlo al cuidado mio.
Y ſabeis, que aqueſta noche,
con ſu propio precipicio,
abrazado de unos Moros,
ſe libertò vengativo
de manos de Barbarroja?

Maria. Si ſeñor, ya lo he ſabido.

Duque. No es nada menor empreſſa
la que encargò Carlos Quinto,
mi ſeñor, à ſu valor,
deſpues que merced le hizo;
y con qualquier novedad
nos tardan ya los aviſos.
Pero què ſonòras voces *Clarin.*
con mil aplauſos feſtivos,
por eſſa region vacìa
tiernos eſparcen gemidos?

Maria. El es ſin duda, que ya
el corazon me lo ha dicho.

Duque. Decìs bien; y ya el gran Carlos,
alborozado de oìrlo
bolver triunfante à ſu Campo
de tanto marcial conflicto,
le ſale al paſſo: lleguemos
noſotros à recibirlo
tambien; entrad vos, ſeñora.

Maria. Vos, gran ſeñor.

Duque. No replico. *Vaſe.*

Maria. Albricias, alma, pues ya
lograſte tu regocijo. *Vaſe.*

Cencer. Vèn, Tereſa, donde oigamos
algo de lo ſucedido.

Tereſ. Vamos: mas ya me parece,
no eſtando pueſto en eſtilo
el relatar las terceras,
que canſarà de preciſo.

Cencer. No en eſſo repares, que
puede ſer bueno, y ſucinto.

Tereſ. Pues paſſarà, como ſea
filigranado. *Cencer.* Eſſo digo:
àzia acà te arrima. *Tereſ.* Es cierto,
que à muy buen arbol me arrimo.

Retiranſe à un lado, y al sòn de caxas, y clarines ſalen el Emperador Carlos Quinto, el Duque, Don Hugo, Juan de Urbina, Don Diego, y Doña Maria por una puerta, y por otra Luis Perez, Don Alonſo, Doña Leonor, Iſabèl, y Pedro.

Luis. Deme vueſtra Mageſtad
à beſar, ſeñor invicto,
ſus Reales pies, pues en ellos
mi mayor triunfo conſigo.

Emp. Alzad, iluſtre Sarmiento,
y ſeais muy bien venido:
decidme, còmo triunfaſteis
del poderoſo enemigo?

Luis. De eſta manera. *Cencer.* Clavòſe.

Pedro. Ha ſeñor, bueno, y poquito. *Al oìdo.*

Luis. Oy, grã ſeñor, quãdo la blãca Aurora
diſpertò alegre en criſtalina cama,
à campaña mi Tropa vencedora
arrogante ſaquè, donde la inflama
de mi lealtad la llama vividora,
y de mi fè la vividora llama,
poco huvo meneſter, que el menor est
un rayo deſprendido de la esfera.
En eſſa verde ſelva, que el Mar baña,
Allì ſe ofrece ſobre marcha pueſto;
ordenada mi gente en la campaña,
à recibirle ſalgo con arreſto:
vueſtro Pendòn los aires acompaña,
à la valiente Tropa manifieſto,
y quando dèbil ſus eſpacios mide,
azotado del viento, el viento impide.
El barbaro Caudillo enfurecido,
al aire ofrece trèmulas Vanderas,
la raridad ocupa el bronce herido,

rom-

rompiendo de diamante las esferas,
escuchando el horrisono sonido:
assombrados los montes, y las fieras
del estruendo fatal, no se redimen,
las fieras tiemblan, y los montes gimen.
Mi sonòro clarin rasgando al viento
los cristalinos velos transparentes,
infũde en pechos fuertes nuevo alien-
nuevo valor en animos valientes: (to,
quando de la batalla en el sangriento
temerario fracaso, las ardientes
espesas balas de mosquetes duros
obscurecen del Sol los rayos puros.
La sentencia, que altivos esperamos,
nos intimò cruel carga cerrada,
pero todos valientes apelamos
à los agudos filos de la espada:
resistense feroces, mas logramos
la sobervia mirar luego postrada;
porque poblando el campo de rubìes,
nadabamos en ondas carmesìes.
Conozco à Alì, que de rencor vestido,
sus Soldados alienta valeroso;
arrojome sobre èl enfurecido,
y de la espada al golpe rigoroso
desocupò el arzon despavorido;
y yo entonces, señor, mirando airoso
de purpura enemiga el campo tinto,
victoria apellidè por Carlos Quinto.
Manda essa gente, que obediẽte espera,
cautiva ya, sintiendo suerte avàra,
porque rendida la canalla fiera,
te sirva fiel con obediencia rara,
invictissimo Rey, à quien venera
de tantos emisferios la Tiara
la soberana Augusta Monarquìa,
des donde nace, à donde muere el dia.

Emp. Esso mi aliento estima,
espada en mano, y arrojarse encima:
balas, en el rigor del fiero Marte,
como suelen decir, Dios las reparte;
pero las cuchilladas, si reñimos,
los Soldados, y Dios las repartimos.

Pedro. Su bondad las reparte alli infinita,
pero entre aquellos es q̃ estàn cerquita.

Duq. Què os parece desta bizarrìa? *A Hug.*

Hugo. Sabe hacer, y decir, por vida mia.

Emp. Yo os doy, porque mi premio os comprehenda,
en la Ordẽ de Santiago una Encomiẽda
y sin pruebas (pues yo estoy satisfecho)
la espada roja adorne vuestro pecho.

Luis. Vivas mas años, que esse peregrino
Fenix en tanto globo diamantino;
pregonarè tus glorias, con espanto,
mientras descoge fiel, à empeño tanto,
para eterno blason de tu memoria,
dilatados volumenes la historia.

Suenan dentro con tiros caxas, y clarines.

Duque. Ya avisan los estruendos Militares,
que invencibles las Tropas auxiliares
el desembarco acaban. *Emp.* Y se inclina
mi valor à salir à la Marina
à recibirlas. *Duque.* Pues venid conmigo,
que es funcion para vista. *Emp.* Ya os sigo.

Duque. Venid, Don Hugo. *Vanse.*

Hugo. Voy: Señor Sarmiento, *Saludanse.*
celebro, como mio, vuestro aumẽto. *Vase.*

Hablan aparte Isabèl, y Urbina.

Duque. Yo no, que vive el Cielo, *ap.*
ha de poder muy poco mi desvelo,
ò ha de matarle airado,
aunque el medio que elijo no es honra-
pero què ignorante, (do;
en pena semejante,
hay que de honor se acuerde?
Pierdalo todo quien la vida pierde;
y mas yo, que me advierto
muerto de amores, y de zelos muerto. *Vas.*

Urbina. Ya que en pena importuna
sinrazones sentìs de la fortuna,
de vos tan obligado,
y de vuestra belleza enamorado,
quando rendido adoro
tanto de amor dulcissimo decoro,
mi fè à ser siempre vuestra se adelanta,
tanto es mi amor, y mi esperanza tanta.

Isab. Vos, como Cavallero
obrareis siempre. *Urb.* Agradecido espero
parecerlo: venid. *Vanse.*

Luis. Señora mia,
vuestras plantas me dad, que no podia
esta fè verdadera
desear pisar mas elevada esfera.

Maria. Vos seais muy bien venido,
donde mi pecho espera agradecido
dar oy con alegria
la enhorabuena à tanta bizarrìa.

Luis. Todo para ſerviros es, ſeñora.
Maria. Don Alvaro, eſtà bien; venid aora
àzia el Mar, que el bullicio le alborota,
dōde hablarme podeis ſin tanta nota. *Vaſe.*
Luis. Ea, amigo Don Alonſo, ya oportuna
navega viento en popa la fortuna.
Alonſ. Eſta victoria, que hemos conſeguido,
tiene al Ceſar el triunfo prevenido.
Hablan aparte con Leonor, è Iſabèl.
Pedro. Y yo, ſeñora hermoſa,
ya que es tratar de amor coſa forzoſa,
razon no tengo de buſcar mi medro?
Què me reſpondes? *Ter.* Tù la tienes Pedro.
Pedro. Repara lo que dices,
que eſſo es mas viejo, que traer narices.
Tereſ. Eſſe es vano conſejo,
que lo que viene al caſo nunca es viejo.
Cencer. Còmo es eſſo de viejo? quedo, paſſo.
Ped. Aqueſte es viejo, y ſe nos viene al caſo.
Luis. Luego q̃ entre en la Plaza Carlos, quiero
decir quien ſoy, que agradecido eſpero
ſe mueſtre ya ſin colera irritada,
mirando el deſempeño de mi eſpada.
Primero hablarè al Duque claramente,
porque con èl intente
mi perdon en albricias del ſuceſſo.
Alonſ. Decìs muy bien, y yo convẽgo en eſſo.
Leon. Ya en tierra divertida
de mis Payſanos hay Tropa lucida.
Luis. Vamos allà, por ſi entre la Milicia
podemos de Manuel tener noticia. *Vanſe.*
Tereſ. No obſtante, ſirva el pobre Galleguelo,
y le querrè.
Pedro. Quàndo ha de ſer? *Tereſ.* Dirèlo.
Pedro. Pues dilo, y no te vayas tan en ſeco:
quàndo ha de ſer?
Tereſ. En perdonando à Meco. *Vaſe con Cenc.*
Pedro. Primero, vil, taimada,
te he de vèr por las calles emplumada.
Vaſe, y ſale Manuel Mendez muy bizarro con baſton.
Man. Ya que mi gente brioſa,
entre eſtruendos Militares,
la campaña azul deſprecia
por piſar la verde margen,
bien ordenada la dexo,
y diſpueſta à todo trance,
para obedecer del Ceſar
los preceptos inviolables;
y no ſufriendome noble
el corazon un inſtante
de omiſsion, en viſitar
mis dos amigos leales;
àzia el campamento quiero
ſalirme, por vèr ſi es facil
hallar quien me dè ſegura
noticia donde los halle,
que no ſerà poca dicha
lograrlo, ſiendo tan tarde,
y en campo tan confundido
con los rumores marciales:
pero por alli diviſo
Soldados, à preguntarles
quiero llegar: mas què veo!
cubierto traen el ſemblante
unos de ellos, y veloces
ſe acercan àzia eſta parte:
què novedad ſerà eſta?
Mas ya que puedo ocultarme
entre eſtas ramas, verè
la cauſa que aqui los trae. *Eſcondeſe.*
Salen D. Diego, y embozados con maſcaras.
Diego. Ya, amigos, que valeroſos
dais palabra de ayudarme,
por un papel le he llamado
à eſte ſitio, donde acaben
de una vez con èl mis iras.
Pero ya viene, ocultarſe
ſerà bien, haſta que llegue
ocaſion en que os llame.
Eſcondenſe à otro lado, y ſale Luis Perez.
Luis. Supueſto que no he podido,
deſde aquel paſſado lance,
buſcaros, pues ya ſabeis
los inconvenientes grandes,
que ſe han interpueſto, eſtimo,
que vos os anticipaſſeis
à llamarme, antes que yo
lo hicieſſe. *Diego.* El Cielo os guarde.
Man. Què miro, Cielos! no es eſte
Luis Perez? bien es que calle
haſta vèr en lo que pàra.
Luis. Corteſìas ſon en valde;
à reñir no me llamais?
Diego. Si.
Luis. Pues para luego es tarde. *Riñen.*
Diego. Gran valor! *Luis.* De quando acà
tan valiente ſois? *Man.* Eſtarme

quieto importa todavia.
Diego. Aora vereis si cobarde
soy, como otra vez dixisteis.
Luis. Reniego de mi corage,
que no os hace mil pedazos. *Acosale.*
Diego. Quièn hay que à tal furia baste?
Amigos, aora es
ocasion, muera, matadle.

Salen los embozados, y al disparar uno, sale Manuel, dale, y cae al vestuario.

Man. Aora no, tened, villanos,
gallinas, perros, infames,
que està aqui quien le defiende,
y quien à todos os mate.
Uno. Muerto soy: Jesus! *Cae.*
Luis. De dònde,
Manuel, saliste à librarme?
Man. En estando yo à tu lado,
venga el mundo.
Luis. Esso es constante.
Diego. O què desgraciado soy!
huyamos. *Luis.* Muere, cobarde.

Tirale una estocada, y cae.

Diego. Valgame el Cielo! *Otro.* Y à mì
los pies. *Vase.*
Dent. Duque. Azia aquesta parte
se oyò el estruendo, acudid
para saber quien le cause: *Sale.*
tened, y mirad que llega
su Magestad. *Luis.* Fuerte lance!

Salen Don Hugo, Juan de Urbina, el Emperador, Don Alonso, Pedro, Doña Leonor, Isabèl, Doña Maria, Teresa, y Cencerro.

Pedro. Por aqui anduvo mi amo,
porque las tiene mortales:
ayudadme, mete muertos,
à entrar estos perillanes.

Ayuda à entrarlos.

Emp. Què ha sido esto? *Man.* Si merece
besar tus plantas Reales
un nuevo Soldado, que
por esse camino errante
un Tercio mandando viene
de las Tropas auxiliares,
yo lo dirè, que llegando
en aqueste mismo instante,
vì, que tres fieros traidores,
alevemente cobardes,

Hace señas Luis Perez.

por matarle (què querrà
con las señas que me hace?)
acosaban à mi amigo
Luis Perez, que està delante.
Emp. Quièn decìs?
Pedro. A Dios, amigos,
ya dimos con todo al traste.
Maria. Què escucho!
Emp. Vos sois Luis Perez?
Luis. Si señor. *Pedro.* A Dios, gaznate.
Luis. Ya que la casualidad
oy, gran señor, me declare,
y mi amigo Manuel Mendez
me ha muerto, pensando honrarme,
antes de hallar la ocasion,
que previno mi dictamen;
yo soy Luis Perez, yo soy
el infeliz, que combaten
los continúados rigores
de la fortuna inconstante;
si defender un amigo,
en un rigoroso lance,
de la Justicia acosado,
dando lugar que se escape;
si mantener valeroso
los blasones de mi sangre,
defendiendo de su lustre
los quilatados esmaltes,
dando la vida à mi honor,
y dando muerte à un infame;
si matar un Juez altivo
(à costa de mis pesares)
para librarme de tantas
persecuciones tenaces;
si matar essos traidores,
que oy à vuestras plantas yacen;
y cruelmente alevosos
la muerte intentaron darme
ante tu Magestad, no
son delitos disculpables,
porque no los procurè,
y fortuna me los trae,
mirando el glorioso fin
que he procurado à mis males,
buscando en servicio vuestro
una bala, que me alcance,
arrojado tantas veces
entre los corbos alfanges

que

(que en linages de morir
este es el mejor linage)
espero que vuestro pecho
usarà de sus piedades;
y si como mis delitos
son, castigo quereis darles,
ya sè que debo la vida;
pero antes, gran señor, antes
que pronuncies la sentencia
rigoroso, en que los pague,
veràs, que sè coronar
las murallas del Alarbe
con las triunfantes insignias
de tus Pendones Reales;
consolado morirè
solo en mirar, que constantes
Españoles, à tu frente
Laurèl à Laurèl añaden,
que haviendo gloriosas muertes,
ellas con mi vida acaben:
matenme tus enemigos,
no tus amigos me maten. *Vase.*

Alonso. Espera, amigo, que yo
à tu lado voy à hallarme. *Vase.*

Emp. Tened, oìd, esperad,
llamadle, Duque, llamadle.

Isab. y Leon. Sigamos tãbien nosotras. *Vans.*

Pedro. Y yo, y todo. *Vase.*

Duque. Ya no es facil.

Maria. Valgame el Cielo!

Teres. No llores, *Aparte à Doña Maria.*
que està mirando tu padre.

Duque. Pues velozmente ligero
corre, y ya puesto delante
de su Tercio, una Vandera
toma, y à las brechas parte,
y todo el Tercio animoso
tambien le sigue arrogante.

Emp. Quiera el Cielo no se pierda
en locura semejante!

Man. Ya que yo tuve la culpa *Quiere irse.*
voy con el mio à ayudarle.

Emp. Tened; y ya que la noche
cubre de negros celages
los ambitos de la esfera,
y que la gente al abance
prevenida està, decid
à esse sol de Capitanes
Don Alonso Mascareñas
vuestro General, que marche
por su costado à las brechas,
para que por todas partes
con un general assalto
tanto triunfo se me gane.

Man. A esso, y ayudar à mi amigo
parto, señor, al instante. *Vase.*

Ruido de guerra dentro.

Duque. Ya no obstante tanta espada,
y tanto fuego no obstante,
en la muralla tremola
tus invictos tafetanes.

Emp. Al del Basto, al de Pescara,
al gran Don Alonso Idiaquez,
à Don Antonio de Leyba,
à Don Gonzalo Fernandez,
y à Hernàn Cortès avisad,
para que todas las Haces
aboquen luego à las brechas,
dexando retèn bastante
en la linea de refuerzo,
para si nos rechazaren,
que no haràn, quando marchemos,
Dios delante, y yo delante. *Vase.*

Duque. Y todos te seguiremos. *Vase.*

Urbina. A hacer del valor examen.

Hugo. Retirate donde estès
segura, hasta que se acabe
esta gloriosa funcion;
y à Dios. *Vase.*

Maria. El Cielo te guarde.
Todo el afecto del alma
dividido en dos mitades
tengo, sin saber à quien
alcanza la mayor parte,
que es dificil distinguirlo
entre un padre, y un amante.
Vèn, Teresa, que he de estàr
à vista de quanto passe.

Teres. Aora estaràs contenta,
pues ya difunto miraste
aquel amante enfadoso,
que en santa gloria descanse.

Maria. Vamos: parece que el Cielo
sobre nosotros se cae, *Tiros.*
con el pavoroso estruendo
del siempre iracundo Marte. *Vanse.*

Cenc. Siempre estruendo, y guerra juntos
andan como zipi zape. *Vase.*

Sue-

Suena dentro ruido de clarines, y fuego continuo; descubrese una Vandera en el muro, y salen Barbarroja, y Sinàn por èl.

Barb. Ya con rigoroso estrago
rinden los valientes brios.
Dent. Duque. A ellos, Españoles mios.
Hugo. Abanza. *Duque.* Abanza.
Emp. Santiago.
Barb. Aqui te queda, Sinàn,
defendiendo estos valuartes,
mientras yo por todas partes
en tan rigoroso afan,
voy alentando mi gente:
Mal mi passo se encamina, *ap.*
si no me libra la mina
de riesgo tan evidente.
Sinàn. Mientras esta espada altiva
rija, no hay que recelar. *Vanse.*

Salen todos los Españoles, y dase un abance general, con fuego vistoso.

Hugo. Ea, hijos, à pelear.
Duque. Viva Carlos Quinto.
Urbina. Viva. *Metenlos à cuchilladas.*

Sale Sinàn, acosado de Manuel Mendez, y Don Alonso.

Man. Còmo resiste tu anhelo
con colera tan airada?
Sinàn. Nunca se rindiò esta espada.
Alons. Muera ya. *Sinàn.* Valgame el Cielo!

Tropieza, y cae Sinàn, y al ir à darle, sale Luis, y detienelos.

Luis. Tened, amigos, parad,
que yo à ampararle me atrevo,
por ser el Moro à quien debo
la vida, y la libertad.
Man. Pues en què remiso estoy?
levanta, sin embarazos,
bizarro Moro, à mis brazos.
Alonso. Y à los mios.
Sinàn. Vuestro soy. *Abrazanse.*
Luis. Ya, Sinàn, que el enemigo
hado, entre males tan fuertes,
nos ha trocado las suertes,
nada temas. *Sinàn.* Nunca, amigo,
dudè semejante hazaña
de vos, en tal laberinto. *Caxas.*
Dent. unos. Victoria por Carlos Quinto.
Otros. Viva España.
Otros. Viva España.

Salen el Duque, Don Hugo, el Emperador, Juan de Urbina, Pedro, Isabèl, Leonor, y acompañamiento con hachas.

Duque. Coronad, Soldados mios,
todos los sobervios muros
de nuestro Monarca Carlos,
con los Pendones Augustos;
las luminarias voraces
hagan con rojos vesubios,
que la luz no se eche menos
del Planeta rubicundo.
Emp. Al gran Dios de las Batallas,
que govierna mis impulsos,
rendir las gracias debemos
por tantos favores sumos.
Luis. Ya, señor, que te mirè
dueño de tan alto triunfo,
y que no logrè morir
en estruendo tan confuso,
aqui tienes mi cabeza, *Arrodillase.*
que no pretende el indulto
de tus ojos, por pagar
todos sus delitos juntos.
Emp. Mi General de Batalla,
levantad, que no hago mucho
en perdonaros delitos *Levantale.*
en que la desgracia os puso,
y mas quando haveis buscado
el mas generoso rumbo,
domando de tanto Alarbe
el siempre temido orgullo;
vida, y libertad os debo
con los repetidos triunfos,
que valiente conseguisteis,
y ha de conocer el mundo
lo que mi persona vale,
y como dueño absoluto
de la ofensa, os perdono,
y premio os doy seguro,
porque de èl sepa tambien
quien el desempeño supo.
Luis. Mas siglos mires, que aquel
unico Pajaro Turco,
que muere, y renace en cuna
de abrasados calambucos.
Aqui tienes à Sinàn,
que en la libertad me puso,
segundo de Barbarroja,
el que se ha escapado astuto

por no sè què oculta mina,
que ha servido de aqueducto;
si algo mi sùplica vale,
logre, señor, perdon tuyo.
Sinàn. Vuestra piedad implorando,
me postro à essos pies Augustos,
y pido el Santo Bautismo.
Emp. Con este pretexto es justo.
Alonso. Yo, como causa primera,
que en tu desgracia le puso,
las gracias, señor, te rindo.
Emp. Aunque sean los yerros muchos,
à todos doy el perdon.
Man. Quien no poca parte tuvo
en su trabajo, tambien
rinde los obsequios suyos.
Duque. Ya que vos le haveis premiado,
otro premio le asseguro
yo tambien. *Emp.* Qual puede ser?
porque yo le dificulto.
Salen Doña Maria, Teresa, y Cencerro.
Maria. Yo cuidadosa, señor,
(no obstante tanto concurso
de militares estruendos)
à vuestra Magestad busco
por darle la enhorabuena
de tan señalados triunfos.
Emp. Vuestro zeloso cuidado
estimo, señora, mucho.
Duque. Ya que oraculo haveis sido
sin particular estudio,
dadle la mano à Luis Perez,
señora. *Hugo.* Què es lo que escucho!
No es esso, señor, lo que
os supliquè. *Duque.* No lo dudo;
pero yo sè que conviene,
sin que arguyais sobre el punto.
Hugo. De todas suertes dichoso
soy. *Luis.* Y yo mas, que asseguro
mi mayor lauro en tal gloria.
Maria. Ya el fin mi esperanza tuvo
felìz, como deseaba.
Emp. Vos sereis padrino suyo.
Duque. Està bien.
Emp. Aora vamos
con mil reverentes cultos
donde se cante el Te Deum,
por beneficio tan sumo. *Vase.*
Urbina. Yo, bellissima Isabèl,
lo que he ofrecido executo;
esta es mi mano. *Isab.* Dichosa
he sido en tanto disturbio.
Luis. Yo felìz con tal cuñado.
Alonso. Y yo mi palabra cumplo,
hermosissima Leonor.
Leon. Vos sois el que pagar supo
los agravios con finezas.
Pedro. Ya que hay de bodas diluvio,
encaja essa mano. *Teres.* Encajo,
aunque la pegues de puño.
Luis. Y haviendo desempeñado
de la manera que pudo,
à Luis Perez el Gallego
en tan penoso infortunio:-
El, y todos. Pide el Alferez humilde
perdon de los yerros suyos,
como de meterse en passos
dignos de mayor coturno.

F I N.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1770.